



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 2

¡QUEO, QUEO!

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición; octubre 2013
Revisión: 29 de abril de 2023

PRESENTACIÓN	7
RECUERDOS DE PADRÓN	11
EL AÑO DEL MONO	42
LA PÍNFANA.....	51
EL DUENDECILLO Y LA PÍNFANA	70
MI ESTRENO COMO PÍNFANO	77
RECUERDOS Y REENCUENTRO.....	85
EL MAR.....	101
EL 77	122

PRESENTACIÓN

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

RECUERDOS DE PADRÓN

Autor: Tomás Gamero García

CAPITULO I

EL VIAJE

—¡Qué no quiero que vengáis!— casi gritaba.

—Pero si es para acompañarte y que no vayas solo— replicaba mi madre.

—¡Que te digo que no, que voy a ser el único al que le acompañe su madre!— volvía a insistir.

No sirvió de nada la pataleta, ni los gritos ni el enfado. Estaba decidido. Lo habían decidido ellas dos —mi madre y mi tía—, así que no había nada que hacer ni que decir. Pensaba que ya tenía edad para ir yo sólo, además estaba acostumbrado a viajar y no entendía el porqué del “acompañarme”. A la estación, me parecía bien... pero a Padrón...

Nos quedaremos una semana y así conoceremos aquello que nos han dicho que es muy bonito—. Ya hemos alquilado una habitación muy cerquita del colegio, para así poder ir a verte—

—Lo que faltaba— pensé. —Encima estarán allí todo el día...— No lo consentiría, como mucho alguna visita y cortita.

La estación de Atocha me pareció grandísima. Fría, como falta de vida. Y eso que había un montón de

gente. Cada cual a su aire. Me imaginaba dónde irían, seguro que pocas a encerrarse durante muchos meses en un colegio y separarse de su familia... Ya me entraban las “cosquillas” en el estómago...

Con la mirada busqué a un grupo de chicos entre los cuales debería de conocer a alguno. Nada. Poco a poco iba perdiendo las esperanzas de encontrar a alguien conocido, más “cosquilleo”. Me resigné.

Al acercarnos a nuestro tren, oí: —¡Juan, Juan!—. Me volví. ¡Allí estaban!: Javier, Rafa y Antonio, compañeros de Las Mercedes.

—Pero, ¿qué hacéis aquí?— pregunté extrañado.

—¡Que te ibas a librar de nosotros!— dijo sonriendo Antonio.

Y nos fundimos los tres en un abrazo sincero y espontáneo, del cual hoy me acuerdo y se me pone un no sé qué en el estómago. Ya no estaba solo. Ahora sí que me sobran mi madre y mi tía. Con ellos ya estaba seguro, podría afrontar la entrada en el colegio y lo que me viniera después. Me horrorizaba no conocer a nadie. Me daba miedo, pero eso ya no pasaría.

Se fueron a su vagón y mi madre, mi tía y yo a uno de tercera. De madera, durísimo. La calefacción no iba muy bien y hacía frío. Fue nuestro primer comentario:

—¡Uf!, qué frío hace aquí!, ¿no tienen Vds. frío?— Y ya está mi madre contando sus batallitas, y a mí de protagonista. ¡Qué pesadas son algunas veces!

El viaje fue muy largo, se me hizo interminable, duró toda la noche. El compartimento estaba a tope, así que la sensación de frío se disipó por la de “calor humano”. Toda la “ilusión” de mi madre era que les explicara “a estos señores” cómo nos trataban las monjas. Yo no tenía ninguna ganas de hablar, respondí lo justo para

que me dejaran en paz. Le pregunté varias veces si me dejaba ir al vagón de mis compañeros, pero me contestó que no, que para eso no había hecho ella el viaje . Así que me acurruqué y dormí. Dormí mucho , pero me desperté cansadísimo. Fue un sueño mezclado con las conversaciones de las personas que estaban con nosotros. No pararon en toda la noche. Cada vez estaba más rabioso, pues lo que quería era irme de allí... con mis amigos... para empezar a contarles cosas del verano.

Ya de mañana, hicimos trasbordo en Redondela. Teníamos que cambiar de tren para coger la otra línea. ¡qué bien! ¡Aprovecharía y ahora sí que me iría con ellos! Por si fuera poco, mi madre me obligó a tomarme un vaso de leche en la cantina de la estación —porque estás creciendo y necesitas alimento—. Hubiese echado a correr desapareciendo entre la gente... ¡cuando entendería mi madre que ya no era un “crío”!, ¡y los demás mirándome!, ¡a saber lo que estarían diciendo de mí!, ¡menuda chungu tendrían! Ya bajaríamos del tren y les diría unas cuantas cosas.

Una vez aposentados en el nuevo vagón me dediqué a admirar el paisaje espléndidamente verde que se divisaba a través de la ventanilla. El verde de la montaña y el azul del mar se entremezclaban formando un tono que te aportaba tranquilidad, sosiego... Lo iba a necesitar, pues, de momento estaba rabioso, nervioso y cansado. No me salía nada bien. Tenía el ánimo por los suelos. Continué admirando el paisaje.

A lo lejos algunas barcas estaban faenando... ¡qué distinto al paisaje castellano! La niebla ponía una especie de desencanto a los pueblos que íbamos pasando. No me gustaba la niebla. ¡Iluso de mí!

Tendría que convivir con ella durante dos cursos por lo menos.

Llegamos a Padrón. Hacía frío, niebla y humedad. Enseguida las órdenes.

—¡Que se acabaron las vacaciones! ¡Que estamos de nuevo en el colegio!

Todos con nuestras maletas y ya, de entrada, en fila. Me despedí de mi madre y de mi tía y me incorporé al grupo. Oí decir algo de venir a verme pero ya no presté atención. Grité:

—Hasta “por lo menos” pasado mañana no vengáis a verme.

Andandín, andandín, con nuestras maletas en la mano, enfilamos el camino del colegio. A medida que avanzábamos, la enorme mole de piedra se me asemejaba a una prisión. Era completamente distinto a las Mercedes, grandes ventanales de color verde, y sobre todo la piedra, esa piedra áspera y gris a la que, de momento, no me acostumbraba.

El colegio estaba a las afueras del pueblo. Teníamos que atravesar todo el paseo, El Espolón, cruzar un puente sobre el río Sar y coger otra carretera, poco transitada y que daba directamente a las huertas. Pasamos por una ermita grande y hecha con la misma piedra. Empezó a llover, una lluvia fina pero que te calaba hasta los huesos. Al lado de la carretera las casas —pazos— con su parra a la entrada y un portalón grande. Cada una con su huerta —muchas mazorcas— y, un poco más lejos, el prado dónde pastaban vacas gordas y hermosas. Todo verde, muy verde y fresquito, te apetecía tirarte y rodar, rodar, como si fueses una peonza... no pensaba que lo podría hacer muy pronto. Una voz me sacó de mis pensamientos:

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos!, ijo!, ¡qué edificio más grande! ¡Qué feo!

Volvimos a ponernos en fila, las maletas a un lado, empieza el recuento.

—¡Me quedan nueve meses de estar aquí!

Otra vez el cosquilleo.

CAPÍTULO 2

ENTRADA

Al entrar nos esperaban más monjas. Ya nos asignaron grupos con cada una de ellas. Por apellidos me toco con Javier; a Rafa y Antonio les tocó juntos.

Dentro del edificio hacía frío, mucho frío. Parecía como si las monjas se disculparan.

—Esperaros un poco que la calefacción ya está encendida...

—¿Hará siempre el mismo frío?— nos preguntábamos.

Siempre en fila, por un pasillo de suelo de madera — hacía ruido— nos llevaron al comedor. Era grande, desangelado. En unas mesas estaban desayunando chicos que nos miraban con cara de extrañados.

—Creo que son los que hacen ingreso— comentó Rafa. El hijo de una amiga de mi madre debe de estar ahí. Luego preguntaré.

Uno de ellos, se levantó a preguntar algo a la monja que nos traía:

—¡Ya estás dando otra vez la lata! Siéntate y pórtate bien.

Enseguida lo hizo. ¿Serían estas monjas más duras

que las de Las Mercedes?

Nos dieron de desayunar. La leche ya no tenía esa nata que me daban ganas de vomitar, estaba limpia y sabía bien. Tenía hambre, así que devoré el trozo de pan y mantequilla e incluso repetimos... creo que fue la primera y última vez. A partir de ese momento te las tenías que ingeniar para comerte por lo menos lo que te correspondía.

—Si alguien trae algún paquete de comida que ponga el nombre y lo deje aquí— dijo una monja señalando un armario. Luego se convertiría en “el armario de los paquetes de casa”.

Después nos subieron al dormitorio, uno y grandísimo, con camas bajas y mesillas a los lados, las taquillas estaban pegadas a la pared. Como no nos dijeron nada nos pusimos los cuatro juntos hasta que nos colocaron en orden y con un número que nos serviría para los dos cursos. No estaba al lado de ninguno de ellos. A la derecha me tocó Ramón y a la izquierda Juan Antonio.

Empezamos a charlar. Ramón era de Oviedo ¡qué cerquita! Juan Antonio de Lugo ¡más cerquita todavía! Me entró esa especie de tristeza que no sabes como controlar pero que te pesa. Pensé: ¡saldrán todas las vacaciones! Y yo me tendré que quedar aquí durante todo el curso. Les envidié, sin ninguna razón, luego fueron dos de mis mejores amigos. Ramón era la ayuda y la bondad personificada. Alto, coloradote, bruto a más no poder, pero con un corazón... y unos puños que me sacaron más de una vez de los problemas en que me metía. Juan Antonio iba más a la suya. Pequeñajo, nervioso, pero con una inteligencia fuera de lo común... y dibujaba ¡cómo dibujaba! Algún trabajo me solucionó delante de Sor Luisa, ya que mi

fuerte no ha sido precisamente tener buena mano.

La mañana pasó entre corte de pelo, ducha y trapillo. En el comedor sí que nos dejaron poner juntos, en eso las monjas no eran muy estrictas.

Por la tarde nos enseñaron las clases. Había dos: una de 1º y otra de 2º. A la segunda ni nos asomamos — eran iguales— y menos quedarnos a solas con los “mayores”, que ya habían anunciado alguna novatada.

¡Y vaya si nos la jugaron! A medianoche nos hicieron levantar en pijama y salir hasta las duchas a paso ligero. No fue muy aparatoso, pero recuerdo que hacía un frío terrible. También me llamó la atención que había chicos mucho más mayores que nosotros o a mí me lo parecía. Luego me enteré de que eran los repetidores, que gozaban de un status especial, ellos mandaban y nosotros —los pardillos— obedecíamos.

Al día siguiente, peladitos, lavaditos y de trapillo bajamos a misa obligatoria. Venía el párroco del pueblo y hasta nos echaba sermón y todo. Casi no nos enterábamos de lo dormidos que estábamos.

Después desayuno y clases. Recreo, con un pequeño bocadillo. Tan pequeño que en dos bocaos desaparecía. Otra clase más.

Comida, un pequeño recreo y más clases. Merienda y estudio. Antes de cenar rezábamos el rosario en la capilla (cada día nos tocaba a uno). Había veces que la monja que nos cuidaba se iba, lo que aprovechábamos para saltarnos unas cuantas avemarías, aunque se daba cuenta y nos hacía repetir todo el misterio.

Los recreos no eran muy entretenidos si no te gustaba jugar al fútbol. El patio no era muy grande y lo acaparaban los futboleros. Era muy irregular. Si tenías la mala suerte de caerte, la herida era segura.

icómo raspaba aquella tierra! Tenía una zona de uralita para cuando llovía que se aprovechaba para jugar a las canicas y a las “chapas”. Un portalón grande de salida a la carretera y una puerta pequeña que daba a la huerta. Había otra zona acotada con un foso para saltar salto de altura... con arena que posteriormente se mezclaba con toda clase de comida que tirábamos por las ventanas del comedor que daban a este sitio. Si no querías salir al patio, entre las escaleras y la puerta había mesas de ping-pong.

Nos cuidaba un tal Leandro, gallego hasta la médula. Casi no le entendíamos cuando hablaba... ¡y no paraba! Estaba haciendo la mili y le tenían de cuidador y encargado de hacer los recados a las monjas. Nos contaba historias espeluznantes de su pueblo, sobre todo de brujería, que nosotros escuchábamos boquiabiertos e incrédulos. Luego se reía y no sabías si te estaba tomando el pelo. Era muy buena persona. Lo que no soportábamos es que se cortara las uñas con una navaja, nos rechinaban los dientes y, por supuesto, no le dejábamos que nos cortara las nuestras. Era tan crío como nosotros. Yo le recuerdo con mucho cariño. Además fue el primero que nos enseñó a beber Ribeiro y a fumar Peninsulares, pero solo ocurrió una vez en las fiestas del pueblo. Iba un poco “entona” y nos cogió a un grupito, nos metió en un bar y nos invitó a beber ¡No le dijimos que no! Después sacó unos cigarrillos y nos dijo:

—Venga, chavales, fumad que está muy bueno.

El mareo que agarramos fue de campeonato. Al día siguiente en el patio le buscamos para que nos diese algún cigarrillo. Se puso muy serio y nos dijo:

—Las monjas me dijeron que os cuidara como si

fueseis mis hermano pequeños, y yo nunca enseñaría a fumar a un hermano —Y se quedó tan pancho.

—Pero isi ayer nos invitaste a beber y a fumar!— le recordamos.

Como si nada. La callada por respuesta.

No volvimos a hablar más del tema.

Cuando acabó el curso desapareció, pero al curso siguiente nos vino a ver un día que llovía muchísimo. Seguía siendo el mismo cuentista de siempre. Nos dijo que se iba a casar y que venía a pedir algo a las monjas. Nos imaginamos que dinero.

No aparentaba tener mucho, la verdad.

CAPÍTULO 3

LAS CLASES

Estaban en el primer piso. En el pasillo de la puerta de entrada y la capilla, al fondo.

Eran iguales. La una frente a la otra. No muy grandes, pero muy luminosas y soleadas cuando hacía sol. Una pizarra grande y mapas colgados en las paredes. Daban a la parte trasera de una pirotécnica, a la cual estaba terminantemente prohibido entrar y menos hablar con la gente que allí trabajaba.

A Antonio, el que nos metía en todos los “fregaos”, se le ocurrió la brillante idea de que saltásemos la valla que separaba la fábrica del colegio y cogiésemos algunos cohetes. Ramón se negaba en rotundo, como siempre, argumentando sus “rollos pasteleros” que casi no entendíamos. Rafa, Javier y Juan Antonio la hubiesen saltado ya. A mí me daba igual, estaba pasando por una mala racha por culpa de mi madre y mi

tía que me venían a ver todos los días a la hora de la merienda y me sacaban a dar un paseo por la carretera. Me traían unos bocadillos fabulosos lo cual encendía la envidia de mis amigos y con razón. ¡Solo faltaba que me dijese que era un “mimado enchufado”!, pero así no tenía la culpa de nada!

Mi madre y mi tía habían alquilado una habitación en un pazo cercano ¡menos mal que solo sería una semana!, pero fue la semana más amarga de esos días. La de chungas que tuve que aguantar, todo era broma, pero a mí me dolía de verdad. Los dueños del pazo eran unas personas amabilísimas, me daban de comer todo lo que quería. Recuerdo un pulpo relleno que aún hoy se me remueven las salivares de lo bueno que estaba. Y la leche de la vaca recién ordeñada. Así que ¡tenían razón en burlarse, yo fuera comiendo a cuerpo de rey y ellos en el colegio sin poder salir a la calle! Alguna vez les llevé “algo”, sobre todo para que no se metieran más conmigo.

—¡No seáis miedicas!— ¡Pero si no va a pasar nada!— Intentaba convencernos Antonio.

—¿Y si nos pillan?— A mí era el que menos me convenía que me castigaran.

Por fin saltamos la valla. Avanzamos sin ningún percance pero, de repente, nos salió un perrazo que nos obligó a dar marcha atrás y volver por dónde habíamos saltado, mientras alguien nos gritaba. No hicimos ni caso.

Al día siguiente en el desayuno la madre superiora intentó indagar quién había sido (alguien de la fábrica se chivaría). El sermón fue que era muy peligroso, que si el material era inflamable. Y tanto. Allí nadie dijo

nada y no se volvió a hablar más del tema, aunque nosotros nos cuidamos mucho de volver a repetir la experiencia. Lo que sí que hacíamos era llamar al perro a través de la valla y ise pegaba unos coscorrones en el muro! Creo que no veía bien, o era un poco tonto.

No sé en qué curso fue, pero sí recuerdo una explosión de la fábrica. Hubo algún muerto de por medio, lo que obligó a su cierre, aunque creo que luego la volvieron a abrir. De momento cesó el temor que las monjas tenían por si pasaba algo.

Cuando nos sacaban a pasear por la carretera, aún entrábamos al recinto por si había algún cohete por ahí. Alguna vez encontramos y Antonio, con su atrevimiento, nos juntaba para “tirarlo”. No nos pasó nunca nada, ignorancia de gente menuda. Cuando explotaban arriba, ya respirábamos tranquilos. El ruido no era inusual, nadie se extrañaba, pues la gente estaba acostumbrada a tirar cohetes para deshacer la niebla o las nubes y era normal oír, de vez en cuando, el estruendo de los cohetes.

En las clases no nos aburríamos. Recuerdo la letra clara y redonda de Sor Luisa poniendo la fecha en la pizarra. Explicándonos Geografía, Historia, Francés. Creo que, menos gimnasia, nos daba todo. Tenía especial cuidado en que hiciésemos bien la caligrafía.

—La buena letra es muy importante. Os corregirán los exámenes profesores que no os conocen de nada y querrán entender lo que habéis escrito. Si queréis que os aprueben...

Estábamos constantemente con ella. Nos quería y la respetábamos. Lo que no pasaba con otras que se dedicaban a otros menesteres y nos regañaban a la menor fechoría. La monja de la lavandería era la que

más, allí se estaba muy calentito, pero ella se empeñaba en echarnos. ¡Si no molestábamos!

Lo que peor se me daba era el dibujo, así que me las arreglaba para pactar con mi grupo, a cambio de esto, te hago lo otro. Me ayudaron mucho. La nuestra fue una amistad verdadera y leal, como de hermanos. También tuvimos nuestras discusiones. Rafa y Javier eran muy distintos, discutían por nada, pero creo que ya lo hacían de puro aburrimiento. Uno era portero y otro delantero y ¡cogían unos mosqueos cuando jugábamos algún partido! Estuvieron por lo menos un mes sin hablarse por no sé qué historias, luego nos las ingeniamos para que hicieran las paces y para celebrarlo nos bebimos una botella de vino de las que había en la andana, o el desván, al que subíamos muy a menudo.

No recuerdo ningún castigo en especial, excepto una vez que Sor Luisa se enfadó mucho con nosotros porque al irse un momento de clase, habíamos empezado a tirarnos tizas. La regañina fue de las de época, y el castigo sería copiar algo muchas veces. Una de las que se enfadó conmigo fue porque iba bajando las escaleras por la barandilla, y al llegar abajo... ella que pasa. Le di un empujón que casi se cae, lo malo es que detrás venían dos más y éstos sí que dieron con el culo en el santo suelo. Pero no sé por qué sólo me regañó a mí, lo cual me pareció una injusticia (?). Al hacérselo saber, el enfado fue en aumento. Me empezó a sermonear, lo que aprovecharon mis amigos para escabullirse y dejarme sólo ante el peligro.

—¡Si, calladito estoy mejor!— La próxima vez no diré nada y ya estaría merendando como los demás.

CAPÍTULO 4

CLASE DE GIMNASIA

Las que sí que eran divertidas eran las clases de gimnasia, sí, sí, divertidas.

De buena mañana, con un frío y una humedad que te calaba los huesos. Pantalón corto y camiseta de manga corta.

Unas cuantas vueltas al patio para entrar en calor. ¡Casi te mueres de la humedad que hace! pero no puedes quedarte atrás.

En todas las clases no hacíamos lo mismo pero era igual. La sensación se repetía siempre. El tembleque aparecía en todas las actividades, era incontrolable hasta pasado un rato que medio entrabas en calor y no podías parar, pues era peor.

Después, una tabla para desentumecer. Un poco mejor, pero que no te equivocaras en alguna orden porque la repetíamos hasta que quedara perfecta, sin un solo fallo.

Unos días potro, otros plinto, otros colchonetas. Si no podías ni mover las piernas, cómo ibas a saltar esos aparatos que me parecían grandísimos, los coscorrones eran terribles. Aunque había compañeros que se les daba muy bien los que teníamos las patas largas nos las veíamos y deseábamos para saltar.

En el espacio de las mesas de ping-pong había unas cuerdas enormes (a mí me lo parecían) que teníamos que subir y bajar a pulso. Te resbalabas, lo volvías a intentar, volvías a resbalarte... si conseguías subir, como no tuvieses cuidado, en la bajada te dejabas la piel de las manos y todo por causa de la maldita

humedad

Si todo esto se hubiese podido hacer a nuestro aire la cosa hubiese resultado hasta divertida, pero no, allí estaba nuestro profesor —militar— que mandaba al primero que veía a por:

—Tráeme unas varitas de junco de la huerta... largas pero de las finas...

Mientras dábamos vueltas al patio se dedicaba a “pearlas”, hasta que le quedaban lo más finas posibles... sin prisas... ¡y nos echaba unas miradas!

—Ahora, a saltar.

Nos poníamos en fila. Empujones. Nadie quería ser el primero.

Como te lo pensaras dos veces te arreaba un varazo en las corvas que te hacía correr y saltar, y subir y bajar, todo con la mayor naturalidad del mundo. Sin enfadarse, como de broma y a ti se sentaba como rayos y centellas.

No recuerdo que suspendiera a nadie. Cuando íbamos al instituto a examinarnos libres, nos ayudaba en todo lo que podía.

También hacíamos competiciones de saltos de altura en el foso. El estilo —ahora antiguo— era “de tijera”. No sé cómo se las arreglaba pero allí todos saltábamos y ¡de qué manera! A mí no me desagradaba este ejercicio, hasta que te obligaba a saltar unas alturas que me parecían el infinito.

Al final, el partido de fútbol que nos compensaba un poco todo el “calvario” que habíamos sufrido antes. No recuerdo cuántas veces a la semana venía, pero cuando algún día no lo hacía el jolgorio general era enorme, ya que nos pasábamos toda la clase jugando.

Dónde también nos divertíamos mucho era en la hora diaria “de estudio”. No andábamos muy agobiados de trabajo, así que nos dedicábamos a lo que se estilara en aquella época: tirarnos bolas de papel con la funda del boli, pasarnos notas hasta que cogían a alguien y se la cargaba, cazar moscas, cortarles las alas y hacer peleas.... toda suerte de “travesuras” que no gustaban a todos, pero que venían bien para matar el tiempo antes del rosario.

En el patio, con los balones de reglamento nos arreábamos unos balonazos terribles ipobre de quién cogiesen por delante!, iy como escocía!

Independientemente de las del patio, nos las habíamos ingeniado para “fabricar” pelotas pequeñas. Con todo tipo de materiales, los estrujábamos hasta que se formaba una masa redonda (o casi), durísima y recubierta de esparadrapo («esparatrapo» en nuestro lenguaje). Nos pegábamos unos pelotazos que hacían verdaderos ronchones en la zona dónde te cazaran. Luego, no se sabe por qué, desaparecieron de la circulación y aparecieron otros artículos de broma.

El caso era no parar.

Otros juegos más tranquilo eran las chapas. Poníamos pegatinas de deportistas y hacíamos equipos. En la arena de debajo de la uralita dibujábamos el circuito. No te podías salir. Te comían la chapa o la perdías al final de la carrera.

Las canicas era otro de los juegos preferidos. Había quién, como trofeo, enseñaba una bolsa llena y de todos los colores y tamaños, según fuesen más pequeñas o más grandes, o de cristal o de colores, tenían distinto valor.

La radio era otro de los entretenimientos, quien podía. Algunos tenían transistores pequeñitos que los alquilaban. De tanto usarlos, los había incluso con las pilas pegadas colgando pero aquello se oía y nos parecía una maravilla. Por las noches, te lo ponías debajo de la almohada y te servía de acompañamiento en esas horas previas al sueño en las que te entraba el cosquilleo, y te acordabas de tus seres queridos.

Con los huesos de los melocotones hacíamos “güitos”. Los rascábamos contra una piedra hasta que hacíamos un agujero y aquello pitaba que parecía un tren, más de un castigo nos pusieron por pitar dónde no debíamos.

Cuando llovía la cosa era más aburrida, jugábamos al ping-pong, a juegos de mesa o simplemente charlábamos. También veíamos la TV mucho más tiempo.

CAPÍTULO 5

EXCURSIONES Y SALIDAS

Me he criado en un pueblo de Castilla. Los años que estuve en Las Mercedes esperaba con ansiedad el día de volver al pueblo. No me gustaba la ciudad, me sentía agobiado, aunque llegué a desenvolverme muy bien en ella.

Al llegar a Padrón fue como descubrir otra forma de paisaje, todo verde, ese verde que te hace daño a los ojos del intenso fulgor que desprende, el volver a la tranquilidad del pueblo, sin prisas, todo cerca, sin peligros. Con la gente, que al verte no te ponía mala cara como ocurría en Madrid, te trataban incluso con amabilidad. Rapaciño, ¿cómo se está en el colegio?,

¿te tratan bien las monjitas? Aunque también se enfadaban.

Un día, en el recreo, a alguien se le ocurrió la “brillante idea” de tirar una piedra a través de la valla, no era muy grande, lo justo para romper el cristal a un coche que, casualmente pasaba por allí, ya que la carretera no era muy transitada. No vimos enfadado al señor. Después nos dijeron que, en un primer momento, se había enfadado muchísimo, pero que al ver que era un colegio de religiosas y que nosotros éramos huérfanos, se le pasó el enfado y no quiso que se le pagara el cristal. A nosotros, la superiora, nos dejó sin pelota una semana. No creo que volviésemos a tirar más piedras.

Además tenía “la tranquilidad” de que me iba a pasar allí todo el curso. Tranquilidad, tranquilidad... rabia y de la gorda, pero mi madre no se podía permitir esos gastos y no se podía hacer nada. En Navidades no iría a casa, ni en Pascua. Así que me dedicaba a pasármelo en grande, llevarme bien con los demás, salir cuando podía y hacer las trastadas sin que me acusara nadie. Lo peor era cuando te entraba “la morriña”, y nunca mejor dicho, morriña de tu casa, tu familia, los amigos del pueblo que acababan por olvidarse de ti. En esos momentos ¿a quién acudías? A medida que íbamos creciendo el vacío se hacía más grande. De pequeño aún te conformabas con las “explicaciones” de tu madre: —que si es lo mejor para ti, que te harás un hombre de provecho, que si tu padre viviera...—. Al crecer ya no lo entendías tanto: ¿Por qué tengo que estar aquí encerrado?, y entonces, a veces, echabas alguna lágrima isin que te descubriesen!; en esos tiempos no estaba bien visto que los hombres llorasen, tocaba apretar los dientes y aguantar.

Los domingos nos sacaban a pasear por el pueblo y acabábamos jugando en el campo de fútbol. Nos dábamos una vuelta por El Espolón y nos dejaban comprar golosinas. Después a jugar al fútbol... algunos. Otros se dedicaban a coger grillos. Con la técnica de “la pajita” o “los meaos”. Metías la pajita en el agujero u orinabas hasta que salía el grillo. Las grillas no nos servían, pues no cantaban y nosotros los soltábamos por la noche en el dormitorio y se armaba un follón de mucho cuidado, o se los metíamos a alguien en la cama. Había muchas variantes.

Otras veces pasábamos la carretera y nos llevaban a un parque, con árboles, hierba, bancos, era cerrado y estaba completamente prohibido salir.

Antonio, Javier y yo nos las ingeniamos un día para salir. Alguno se hizo un corte en la mano y pedimos permiso para ir a casa del médico a que le curara. Allí era dónde queríamos ir, pues su hija nos llevaba por la calle de la amargura. Creo que era un poco mayor que nosotros, pero ella y su amiga nos ayudaron a sobrellevar la tontuna preadolescente que nos invadía por aquella época. Algunos domingos iban a misa al colegio y hacíamos lo posible para sentarnos cerca de ellas y decirles algunas tonterías.

Estábamos separados del pueblo por un puente sobre el río Sar. Un poco más arriba había una ermita dónde decían que había varado el cuerpo muerto de Santiago Apóstol. Todas estas historias me parecían muy interesantes.

Paseábamos por la carretera hasta el prado. Cuando llegábamos nos abalanzábamos sobre la hierba verde y fresca, subíamos a lo más alto y nos dejábamos caer

dando volteretas... una gozada. También tuvimos algún encuentro desagradable con alguna vaca que no tenía muchas ganas de jugar con niños.

Recuerdo excursiones muy agradables. Nos llevaban en unos autobuses del Ejército. Cantábamos eso de: “para ser conductor de primera...”. Otra era:

*No he visto tía más guarra , que la patrona mía
Que pone por judías, bolitas de alcanfor
Y de segundo plato, mosquitos trompeteros
Que bailan en el plato, al son del cucharón.
Los filetes son de goma, las patatas son de alambre
Y el tío que los coma es que está muerto de hambre
El vino de la mesa es pura tinta china
Señoras y señores ¡ay que tía más gorrina...!*

La monjas se reían, pero no les gustaba mucho el “vocabulario” que empleábamos, de todas formas no nos decían nada.

Estuvimos en Santiago de Compostela. Me dejó atónito el botafumeiro, no se nos ocurrió más que hacer una foto al isepulcro del Apóstol! Idea de Juan Antonio, foto que me regaló y que aún conservo dedicada.

La Toja fue otro de los lugares visitados, me llamó la atención el puente pequeñísimo pero lleno de gente. Estaban en ferias o algo así. Nos llevaron a comer marisco! Y después nos dejaron corretear por la playa.

Aunque no se puede considerar “ir de excursión”, otros de los destinos era Pontevedra. Allí nos examinábamos libres en el Instituto. Recuerdo perfectamente una de las preguntas del examen de Francés: como se decía “Primavera”. Me la supe.

Nos llevaban a comer de bocadillo a un parque que

había cerca. Había una mona que se dedicaba a devolver todo lo que se le tiraba... si no era comida. No se nos ocurrió más que darle piedras y claro el estruendo fue de los que hacen época. Fue la gente a chivarse a las monjas, pues se armó un jaleo considerable.

Nos castigaron al fondo del autobús para el viaje de vuelta, lo que aprovechamos para dormir, pues estábamos cansadísimos, no hay mal que por bien no venga dice el refrán. Cuando llegamos al colegio estuvimos en el pasillo y nos acostamos una hora más tarde que los demás. Nos dio igual pues ya habíamos dormido antes.

¡Pero parecía que teníamos el destino fijado! Al día siguiente, en el desayuno, dieron chocolate. Nos castigaron sin tomar ¡y eso sí que fue duro!

¡Nos estuvimos acordando de la mona unos cuantos días!

CAPÍTULO 6

OTRAS SALIDAS

A Antonio y a mí, algunas veces nos mandaban a la estación a recoger algún paquete o a echar alguna carta en el vagón-correo. Nos alegrábamos cantidad.

—¡Viva la libertad!

Enfilábamos la carretera del pueblo. Despacito, como saboreando lo que nos vendría después. Ya en ese recorrido “arramblábamos” con algunas cosa de las huertas... ¡estaban tan a mano y eran tan ricas!, ¡y teníamos tanta hambre!

Después tirábamos unas cuantas piedras al río, por

ver si dábamos a algún pato. Lo hacíamos con disimulo, pues estaba prohibido, pero iera tan divertido! Que conste que las piedras eran pequeñas, no se nos hubiera pasado por la imaginación matar a ningún pobre pato.

Así llegábamos al Espolón. Si teníamos dinero nos comprábamos golosinas... y tabaco. Antonio fumaba. A mi me empezaba a llamar la atención y algún cigarrillo compartíamos.

Buscábamos a nuestras amigas, normalmente estaban por allí, pues vivían cerca. Nos dábamos una vueltecita. Ellas iban más asustadas que nosotros, por si alguien las veía. Así que nos pasábamos el tiempo juntándonos y separándonos según se acercara gente o no. Eran muy simpáticas y muy alegres, incluso nos invitaban a algún helado, pues sabían que nosotros de dinero... poco.

Al llegar la estación y ver el tren ganas nos daban de subirnos... ni intentarlo. A punto estuvimos de intentarlo una vez. No por el hecho de escaparnos ¿adónde iríamos?, sino por la sensación de hacer algo prohibido.

No sé si fue en Las Mercedes o aquí en Padrón. Se escapó un compañero. Estuvo dos días fuera. Cuando volvió lo recibimos como un héroe, aunque a él le cayó un castigo de campeonato. Nos contó lo que hizo y como se las ingenió para “sobrevivir”. Le escuchábamos con la boca abierta. Y confieso que me daba envidia, me hubiese gustado estar en su lugar o escaparme con él.

Antonio y yo lo más que hacíamos era entrar a la cantina y pedir un ivaso de agua!, o a veces un refresco, eso nos hacía parecer más “hombres”.

Ya he comentado que Antonio fumaba algo... yo lo que él me dejaba. Aprovechábamos para comprar “suministro” y esconderlo bien para que no nos lo vieran. A Ramón no le gustaba nada que fumásemos, ya en aquella época lo tenía clarísimo, hoy en día hubiese sido el precursor de la “Liga Antitabaco”.

¡Nos cogieron el tabaco! ¿Quién se chivaría?

De cuando en cuando hacían revisiones de taquillas, mesitas y pupitres de clase. Ese día no hubo aviso previo. Normalmente nos enterábamos antes y ya dejábamos “todo preparado” para que la “inspección” no encontrara cosas desagradables.

Esa mañana fue todo de sopetón.

—¡Cada uno a su taquilla!— Nos miramos asombrados.

La madre fue directamente a la de Antonio y descubrió “el pastel”: un paquete de tabaco.

—Parece mentira, Antonio— Ya no volverás a salir a hacer más recados.

Fue un buen palo para nosotros. El no volvió a salir, pero yo tampoco.

Estuvo una temporada “mosqueado” conmigo. Creía que el “chivato” había sido yo. Por más que intentaba explicárselo no me creía. Para su sorpresa, le regalé un paquete que a mí no me habían confiscado, y eso le devolvió el ánimo.

—Bueno, da igual— Saldremos por la huerta.

Esa era “otra salida” clandestina. Por la huerta se accedía a la fábrica de fuegos artificiales y de ahí a la carretera, luego ya el camino era libre. Siempre alerta por si te veía alguien.

Tanto fiarnos de la gente del pueblo y luego nos enteramos que quién dio el “chivatazo” fue quien nos vendió el tabaco, ilos muy gorrinos! Por supuesto que no volvimos a comprar nada allí. Un domingo salimos con la intención de “armar camorra”. Nos acercamos y le dijimos de todo. Antonio acabó:

—Y ahora vas y se lo dices a la monjas.

Otra salida, ésta a nivel individual, fue cuando me pusieron gafas. Me debía acercar mucho al libro. Sor Luisa se dio cuenta y una mañana me fui con la Madre Superiora a Santiago. Estuvimos comprando y luego en el hospital, donde me graduaron la vista. Después a la óptica. Yo no decía nada.

La montura que ella eligió me pareció bien, me daba igual. Era de pasta, negra y me quedaba grandísima. Yo no quería ponerme gafas, pues ya sabía lo que me esperaba a la vuelta, la chufla sería mayúscula.

Fuimos a comer a un colegio de las mismas monjas y por la tarde a recoger las gafas ya montadas. ¡Y qué prisa se dieron!, ilo que mandaban estas monjas! Estaba rabioso.

Me las probé.

—Le quedan bien— dijo la madre.

Al mirarme al espejo me entraron unas ganas terribles de llorar. Aparte de lo horroroso que me veía, pensaba en los compañeros. No me libraría de nadie. Además ninguno llevaba gafas que yo recuerde.

Estaba preparado para la “inmolación”. La chufla fue de órdago. Me llamaron “gafotas”, “cuatro ojos”... en fin, toda la serie de “lindezas” de los “sufridores con gafas”. Pero no sólo fue en el colegio.

Por Navidad, a las monjas se les ocurrió que, como

regalo de Reyes, nos hiciésemos una foto y la mandásemos dedicada a casa.

Después de muchos años, mi madre me ha contado que se pegó un “atracón” a llorar cuando la vio de puro disgusto.

—Pero ¡isi este no es mi hijo!, ¡cómo me lo han dejado!

Me comentaron las vecinas que decía mientras “echaba la lágrima”.

CAPÍTULO 7

TRASTADAS

Los días de lluvia —muy numerosos—, eran aburridísimos. No podíamos salir al patio. Nos dejaban en el estudio para que cada uno hiciese lo que quisiera o estábamos en la planta baja, en un espacio antes de la puerta donde teníamos mesas de ping-pong.

Antes de que nos invadiese el tedio y nos pusiésemos a decir tonterías o a pelearnos, nos las ingeniábamos para desaparecer por las escaleras y subirnos al dormitorio aunque no era ése nuestro destino. Estábamos intrigados en ver qué había en el desván, o la andana o el granero, cada uno le daba un nombre.

Las escaleras eran estrechas y empinadas, daba lo mismo, subíamos de uno en uno. La puerta de acceso estaba rota, lo que facilitaba la entrada. Era muy grande, todo lo grande que era el edificio, se podía incluso correr. Empezamos la “investigación”.

Había ropa tendida, sábanas, toallas, lo que nos dio una oportunidad magnífica para empezar a jugar entre ellas. Unas bicicletas viejas fue otra de las cosas que más nos llamó la atención ¿montarían antes en

bicicleta? Nos extrañó.

Antiguos escenarios de obras de teatro, el cielo del belén, camas rotas, mazorcas puestas a secar, pizarras antiguas, una imagen de la Virgen rota también, bancos de la capilla, taquillas. Todo un sin fin de “trastos viejos” como su nombre indica.

Pero lo que más nos llamó la atención fueron unas cajas de “botellas de vino”, blanco, tinto. Sin abrir, extrañísimo. Ahora nos creíamos las historias que circulaban por ahí de que las monjas comían muy bien, incluso con vino. Una de estas botella nos la bebimos para celebrar “las paces” entre Rafa y Javier que se habían peleado por algo relacionado con el fútbol.

Jugando, jugando, no nos dimos cuenta que andaba por el suelo un cable de la antena de la TV., con tal mala suerte que nos enrollamos con él y se partió. Nos pegamos un buen susto. Enseguida pusimos “pies en polvorosa” y salimos de allí de estampida.

Al no poder salir al patio, la TV estaba prácticamente encendida todas las tardes menos aquella, que no se pudo ver. ¿Por qué?, que si se iba el canal, que si hacía muy mal tiempo y no cogía la onda... ya, ya. Nosotros sabíamos el motivo.

No supimos cómo, pero al día siguiente ya se veía perfectamente y nadie dijo nada del cable roto, misterios de la técnica.

Otra trastada, esta general, tenía lugar en el comedor. Las ventanas daban al “foso”, agujero recubierto de arena que servía para saltos en clase de gimnasia. Como no nos gustase la comida y al menor descuido de la monja que nos cuidaba los proyectiles salían por la ventana a unas velocidades de vértigo, menos los que “desviaban la trayectoria” yendo a parar a la

mismísima pared. Estos los recogíamos, pero los que caían al foso allí se quedaban para “asco” de quien al dar con sus pies en la arena, no se encontrase con algunos “restos orgánicos” de no se sabe que alimento.

Y la huerta, allí que nos metíamos en cuanto podíamos. Por el mero hecho de estar allí. Jamás arrancamos ni comimos nada de ella. Un día nos topamos con Leandro que, lejos de regañarnos, le dio una inmensa alegría al poder tener a alguien con quien darle a la “sin hueso”, operación que le encantaba.

También había gallinas, nuestras preferidas como “blanco” de las piedras que les tirábamos, pequeñas, eso sí, no queríamos convertirnos en “asesinos en potencia” a tan corta edad, además imaginábamos que también formaban parte de nuestra alimentación y eso suponía un gran respeto.

Y cerdos, también los limpiaba Leandro. A las cochiqueras sí que nos dejaba entrar. El utilizaba unas botas altas de goma, pero nosotros entrábamos con nuestras botas de vestir, ¡como salían de porquería!, más de una pelea tuvimos en el dormitorio por culpa del olor que “decían” tenían nuestras botas y con razón.

Las noches de tormenta también las pasábamos canutas, el dormitorio tan grande, tantas ventanas que cerraban mal, no se nos escapaba ningún relámpago y menos los truenos que retumbaban en el monte cercano. Algunos graciosos se dedicaban a ponerse las sábanas por encima y empezar a asustar sobre todo a los más pequeños.

Nos juntábamos en los aseos hasta que pasaba “lo gordo” y nos dedicábamos a fumar, no recuerdo que nos pillaran nunca, aunque los lavabos estaban muy

cerca de la comunidad. Siempre había alguno de guardia para avisar. “Dar el queo” que se decía.

Sí que nos pillaron una noche que teníamos hambre y bajamos al comedor para intentar encontrar algo de comer.

En el comedor había un armario destinado a “los paquetes”, que algunas familias podían enviar con comida principalmente: leche condensada, galletas, cola cao y también algún chorizo y longaniza... con el nombre del “dueño” bien visible.

Por las mañanas y a la hora de la merienda se formaban dos filas, una de los “de paquete” y otras de los de “sin paquete”. Quien fuese afortunado de estar en la primera se acercaba al armario, cogía lo suyo y se lo distribuía como mejor quería, mientras los de la segunda fila mirábamos con ojos de envidia, esperando encontrarnos alguna vez en la fila de los “privilegiados”. También había gente que “compartía”. Algunos no los dejaban en el armario, los subían al dormitorio y por las noches nos dábamos unos atracones “de miedo” y no por las tormentas. Ni que decir tiene que el que recibiese el próximo le tocaba hacer lo mismo, si no quería que se le llamara “tacaño” y otras cosas peores.

Bajamos al comedor pero juro que no tocamos el armario. Nos fuimos directamente a la cocina y nos comimos —engullimos— unos chuscos de pan y algo de leche que había sobrado de la cena, nada más.

Si no hubiésemos sido tan atrevidos y nos hubiésemos vuelto a la cama, pero no, alguien comentó de dar una vueltecita hasta las clases. La ida fue sin problemas, pero a la vuelta, justo cuando pasamos ante la puerta de la capilla, ésta se abre y vemos salir a una

monja que nos imaginamos estaría haciendo sus oraciones.

El susto fue morrocotudo, las explicaciones sin ningún fundamento. Nos mandó a la cama inmediatamente.

Al día siguiente, sermón al canto. Después, con más calma, Sor Luisa nos explicó que las monjas estaban muy preocupadas pues estaban faltando cosas del armario de los paquetes. Juramos y perjuramos que nosotros no habíamos sido, que solo comimos unos trozos de pan y un poco de leche. No sé si nos creyó.

Menos mal que, al cabo de unas semanas, descubrieron al “verdadero culpable” de tal fechoría, actuaba por su cuenta, parece ser que lo cogieron “in fraganti”. Se había fabricado un artilugio que abría el candado del armario. No recuerdo quien era, alguno de los mayores que tenían más experiencia de la vida.

Y nosotros ide buena nos libramos!

CAPÍTULO 8

PERSONAJES CON ANÉCDOTA

Dejando a un lado a Leandro, personaje que a mí me parece influyó algo en el tiempo pasado en Padrón, hay otros que, aunque no están directamente relacionados conmigo, si surgió algo que me llamó la atención y que se comentaba entre los demás compañeros.

La Señora. Yo no la llegué a ver nunca, sí que la oí. Y sí que oía comentarios de que estaba ciega, que la había abandonado su familia, aunque tenía mucho dinero. No la tenía muy localizada, me han contado

que iba a misa con nosotros. Era un personaje enigmático, más producto de la imaginación que de la realidad, era real, sí, pero quiero decir que se contaban muchas “invenciones” a su costa. Chillaba mucho. Un buen día nos dijeron que había muerto.

La Pobre. Pequeñita, menuda, enjuta. Todos los días en el recreo de antes de comer la veía pasar con una fiambarrera. Iba vestida de una manera muy sencilla, pero sin llegar al calificativo de “pobre”, aunque yo la viese así. Al poco rato salía con una bolsa y dentro la fiambarrera (imagino que con comida) y una barra de pan que sobresalía de la bolsa.

Una mañana, como siempre, entró por la puerta y casualmente nos encontrábamos haciendo algo por allí. Al verla y saludarla ella fue la que empezó la conversación. Después de preguntas y preguntas nos atrevimos a pedir que nos contara algo de ella. Nos dijo que era marquesa pero que se había arruinado a causa de su marido que era muy aficionado al juego. Ahora vivía en una casita que le había dejado el alcalde y las monjas le daban la comida. Cuidaba a una señora anciana y con eso tenía para vestir. No sé si nos lo creímos, puede. Pasó por allí una monja y le dijo — muy enfadada— que dejara de contarnos historias, que éramos muy pequeños. Cada vez que la veía pasar me entraban unas ganas de preguntarle cosas. De estas personas que rezuman bondad por todos sus poros o a mí me lo parecía. Todo lo encontraba bien, ni una mala palabra, siempre sonriendo. En el pueblo, alguna vez nos la cruzábamos y nos saludaba muy amablemente. A mí me entraba “esa cosa” al verla con su tartera en la mano.

El Párroco. No me acuerdo de su nombre. Para mí era una persona mayor, encorvado, de hablar pausado.

nos echaba unos sermones de padre y muy señor mío, nunca mejor dicho. Cuando confesaba yo no le entendía nada de lo que me decía. Su penitencia preferida era cinco avemarías, lo tengo tan grabado porque a todos nos ponía lo mismo.

Venía todos los días a decir misa, nosotros a medio dormir, ya que era lo primero que hacíamos recién levantados, con un hambre. Si comulgabas, por lo menos tomabas “algo” antes de desayunar.

Un buen día nos dijeron que había muerto. Escogieron a un grupito para que fuésemos al entierro. Yo me imaginaba que sería eso, ir al entierro, pero no, nos subieron a su casa, él estaba de cuerpo presente en el comedor y allí que nos metieron. Yo no había visto un muerto en mi corta vida así que ¡el susto que me di fue morrocotudo. Estuve varias noches sin dormir. Con la imagen del cura en mi mente. No me la quitaba de encima. Lo que más recuerdo es que tenía una nariz grandísima, eso... una narizota.

Los Militares. De vez en cuando nos visitaban un grupo de militares. Charlaban con nosotros, nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, en fin hacían un poco de labor social. Lo recuerdo como un acontecimiento importante. Tenía que estar todo ordenado, nos teníamos que portar muy bien, contestar educadamente, en fin las monjas ya nos daban las indicaciones oportunas para que se llevaran una “buena impresión”. Los recuerdo el día de la Inmaculada, día de mucha fiesta en el estamento militar, nos daban comida especial y algunos regalos.

Como más y mejor los recuerdo es como encargados de traernos los Reyes por Navidades. Algunos se iban

de vacaciones a casa. Los que nos quedábamos procurábamos pasarlo lo mejor posible.

En la sala de visitas hacíamos un belén muy grande. Ayudábamos todos. Las comidas eran un poco mejores y en el ambiente se reflejaba algo menos de rigidez que en los días “lectivos”.

El sentimiento “de pena” que te inundaba no te lo quitaba ni el mayor juguete del mundo, y eso que todavía “sólo” llevabas tres meses fuera de tu familia. Pero en esos días ya se sabe. Los recuerdos son como muy fríos, de todo, de temperatura y de sentimientos. La perspectiva en el tiempo ha aliviado algo esos momentos, pero lo pasabas realmente mal. Te alegrabas algo si recibías algún paquete, pero en casa no podían ni eso.

Los militares venían a pasar el día con nosotros y a entregarnos los regalos. Me acordaba del Mecano que me dejaron en Las Mercedes. Aquí la cosa fue más “modesta”, balón y libros. Creo que todos eran de color amarillo y los libros de aventuras y de vidas de santos. El de “san Ignacio de Loyola” lo conservo todavía, con sus tapas de cartón y las hojas gruesas y de grandes letras góticas.

EL AÑO DEL MONO

(Yuan siu) 猿岁

Autor: Miguel Ángel San José Sacristán

Fue el Año del mono, bueno, quizá fuera el final del ciclo de la mona. Aquel año terminó una época. Siempre se ha hablado de un gran cataclismo, origen del famoso hiato cultural, hace doce mil años aproximadamente, con resultados determinantes para la historia de la humanidad.

Para el CHOE, en Valladolid, el gran hiato fue aquel año, porque de modo violento, tajante, y de malas formas, se acabó un periodo clásico de la pinfanidad, y también disminuyeron las monas y otros hábitos, que ahora se consideran malsanos.

En Madrid habíamos estado en otras cosas: Los Cristinos, la Agrupación Tradicionalista, la movida de Forja, los “ya está bien con tanto Paco”, y las visitas de mi tío con las cartas de Don Juan, escritas en tinta VERDE (Viva **El Rey De España**).

En Pucela la sinfonía era diferente. Estudiar, estudiar..., se estudiaba, si había tiempo. El ligue era diferente a lo de Madrid, allá por el Paseo del General Ricardos. Otro estilo. Las chicas menos accesibles al principio.

Teníamos tanto que hacer que no había tiempo para ir a clase, porque con la preparación del guateque, el

ir a la Fuente del Sol, remar en el río, echar la partida a los dados en el SEU o, si se terciaba, mover el esqueleto en la Hípica cuando llegaba la primavera, se iba casi todo el tiempo disponible, que muchas veces se estiraba con el porrón en el Socia, el Cebreros del callejón de Boteros de la Fuente Dorada o el Onsurbe, y de tanto estirar se llegaba tarde a la cena, y había que saltar la tapia por el lado del Belén de la calle Ferrocarril, o la verja, según gustos.

Era un vivir plácido, bien asentado. Los más veteranos recordaban años y años así. Nunca pasaba nada, bueno..., casi nunca, porque hubo un intento de implantar una cierta revolución por parte del Viejo, del Coronel, con motivo de un quítame allá esas pajas, bueno, por lo que se dice una minucia. Vamos, por una nadería: liquidaron una sombrerería, y apareció un pínfano con un sombrero de paja, de aquellos llamados canotier, al estilo Maurice Chevalier. Y la cosa gustó.

—Oye..., ¿a cuánto?

—A cinco duros traigo todos los que quieras— a él le habían costado a tres; claro.

Se desató la fiebre del trueque, con lo que se devaluó el viejo trapillo, que hasta entonces se cotizaba en diez duros, bajando a ocho. Bueno, con todo el comercio colegial ocurrió lo mismo: las camisas grises, a cuatro duros, las blancas a cinco, los zapatos negros a seis duros, los de piel vuelta a tres. Una inflación repentina y una fiebre atroz por comprar el jipijapa. El error por parte del Dire, que antes de Coronel había sido pínfano en el propio Colegio, fue inmiscuirse en aquel asunto, dando órdenes muy directas al conserje, al abuelo de la Velasco (o sea, Conchi), para que nadie

entrara o saliera por la puerta del Santiago con el jipi. El abuelo cumplió la orden, dentro de sus posibilidades, porque los sobreros no entraban ni salían por las puertas, sino por las ventanas, mientras el Viejo, viejo pínfano, el Dire, contemplaba su derrota desde el precioso chalet que era su morada.

Aquel episodio, que se resolvió con el triunfo de pínfanos y aspirinos, no fue positivo a la larga.

El primer mosqueo me vino por una pregunta un poco tonta de mi primo, al regresar yo a Madrid para disfrutar de las vacaciones de Semana Santa.

—¿No es Cencho, tu amigo, ése que aparecía el otro día en las páginas de huecograbado del ABC, paseando por la calle de Santiago de Valladolid? Pues tenía un píe de foto muy gracioso —me dijo—, comentando el saludo de los estudiantes vallisoletanos, quitándose el sombrero al cruzarse en el paseo.

—No, sé..., sí se parecía...

—Se ha hablado algo sobre el Patronato y el Colegio de Santiago en el Ministerio. Hay un cierto runrún.

Después llovió sobre mojado. Alguien asaltó el almacén que se encontraba junto a la imprenta, llevándose desde trapillos y camisas, hasta algún colchón, y de paso, aprovechó el viaje para arramblar con tres o cuatro gallinas del gallinero contigo.

Era un atardecer de primavera con cielos cárdenos y malvas, esa hora en que todos los sonidos de acallan y el tiempo parece acompasarse en una mezcla de nostalgia por lo que se va, y la esperanza expectante de un posible mañana; tiempo misterioso y plácido, preludio de la noche y de un amanecer postrero siempre incierto.

Aquel día habíamos ido paseando a merendar a la

Fuente del Sol con unas chicas. Ellas ponían el chorizo y el salchichón. Nosotros aportábamos el vino y unas pastas duras, pínfanas, compradas en Casa Mata, en los soportales de la Fuente Dorada, a dos cincuenta el cuarto de kilo.

Todavía tenía el buen sabor de aquella excursión. Tito había pedido prestado un jersey que casi le llegaba a las rodillas, yo estrené un niki negro y llevaba prestados unos zapatos de suela enorme, unos tanques; Lillo cambió sus gafas por las de concha de mi hermano que hacían furor aquel año y, De la Vega llevaba en la cabeza un gorro con borla, de colores rojo y verde de la con escarapela de la Universidad Gotinga. Un día memorable, vamos, un día redondo. Para pasar a la historia... Volvimos a las nueve y media cansados, yendo directamente al dormitorio para cambiarnos de trapillo y bajar a cenar.

Cuál sería nuestra sorpresa al encontrar el comedor en silencio. Medio aforo; la gente de pie junto a las mesas.

—Venga, venga, a vuestro sitio— nos dijo El Viejo, que, para nuestra sorpresa, no nos explicábamos qué hacía allí, a aquellas horas, rodeado de los inspectores que nos hacían señas, cariacontecidos, para que nos diéramos prisa.

Empecé a entender algo cuando reconocí la figura de un hombre impecablemente vestido, bajo, fornido: era el General del Patronato, (otro viejo pínfano de los del colegio de Toledo, de los que vendían el burro aguador, sacándole a hombros por encima de la tapia); detrás del general estaba su ayudante y otros dos señores que no conocía.

—A ver..., que cierren las puertas del Colegio..., y

dadme la lista, que voy a pasar lista yo.

—Pero, mi general...— empezó a terciar, el Viejo.

—¡Cállate! ¡Las listas!

En un rato, en la calle, una barahúnda de pínfanos, que habían recibido el chivatazo, al parecer, telepáticamente, pugnaba por saltar la verja del jardín por el lado bueno. Más de dos mascullaban tacos, mientras se desenganchaban el fondillo de los pantalones del extremo de la avería, antes de que Larra, que traía una mona de campeonato, viniera trastabillando, se apoyara en la puerta de hierro de la verja y cediera sin resistencia.

Los que esperaban a trepar, al percibir la jugada, se introdujeron en tropel en el jardín y, tras a volver a entornar la puerta, llevaron en volandas a Larra, y auparon su menudo cuerpo, agradecidos, hacia la ventana lateral del primer piso cuyas barras se desplazaban sin problema, para ayudarle a introducirse a toda prisa; entrando ellos a continuación. (Larra, días más tarde contaría, que aquellas meigas de las que hablaban las monjas del Colegio de Padrón, le habían levantado por los aires la noche de autos, y le habían metido en el CHOE en un periquete).

El General, que iba y venía a grandes zancadas a lo largo del comedor lanzando improperios, de repente se para delante de mí, mirando la fuente del primer plato que se iba a servir.

—¿Qué hay de primer plato?

—Arroz con calamares, mi general.

—¿Y dónde están los calamares? ¡No me extraña que los chicos no vengan a cenar!

Por la puerta del comedor aparecía en ese momento

el Páter, tan tranquilo. Estaba claro que ya le habían soplado el asunto.

—¡Y hasta el Páter llega tarde! ¡Ya tenía que haber bendecido la mesa!

—Mi general, vengo de la enfermería..., de atender a los colegiales que están de baja.

—¡Viendo la comida que se sirve, no me extrañaría que estuviera medio colegio de baja!, itú mismo — señalándome con un dedo imperativo e imponente— vete a buscar a los que estén de baja sin fiebre!

Al salir, el inspector que está en la puerta, me susurra para que avise a los que están en el garito. Tras pasarme como una exhalación por la enfermería, subo a la última planta y aporreo la puerta del garito. Me abren la puerta y me meten de un tirón. Allá, como la única vez que había entrado anteriormente, las mesas, los tapetes verdes con sus cartas repartidas, el humo que se podía cortar con un sable, y todos los ojos de los timberos clavados en mí. Echando los bofes por la carrera, les pongo en antecedentes. En un pestañear había desaparecido todo indicio de juego, y estoy por jurar que hasta se habían tragado el humo.

Al llegar a la puerta del comedor una retahíla de pínfanos con la más variopinta indumentaria esperaban para entrar. El primero Larra, que nadie podía sujetar en su afán de llamar a la puerta; en la fila había unos cuantos de medicina que intentaban despejar la azotea a otros dos a fuerza hisopazos de amoniaco bajo la nariz.

Cuando se abrió la puerta entré el primero. Vi al General, piernas abiertas, brazos en jarras subido en una de aquellas mesas enormes de mármol blanco del comedor, me di cuenta de acababa de pasar lista. Sin

una palabra, su dedo *imperator*, me señaló mi sitio.

—¡Que vayan entrando ordenadamente los que han llegado tarde! ¿Quién es éste?

—Larrazoriechea, mi general— apuntó el administrador, un poco azorado.

—¿De dónde vienes?

—Del gimnasio, mi general.

—¡Pero si me llega el olor a vino hasta aquí!

—Es linimento Sloan, mi general— afirmó tan serio Larra, con lengua estropajosa, haciendo pinitos.

—¡Pues a paso ligero por el patio, hasta que se te pase el olor a linimento! A ver..., tú ¿por qué cojeas?, — Elosúa, cojeaba de mimo, como si lo hubiera hecho toda su vida— ¡Levántate la pernera!

El tío lucía un magnífico y genuino moratón, que un momento antes no tenía, porque yo mismo le había visto bajar la escalera saltando de escalones de cuatro en cuatro.

—Hemos tenido un partido esta tarde, mi general.

—No sé contra habréis jugado, pero viendo la cantidad de cabezas y brazos vendados, debían ser los hu- nos.

—Era una liguilla interna, mi general— aseguró Elosúa, con cara angelical.

—¡Bueno, no tengo tiempo de quitar las vendas a todos! Mañana que me haga un informe el capitán médico. ¡Que se sienten los heridos y sigan pasando los sanos!

Lo de Elosúa tuvo éxito, y alguien me contó, que aquella noche se llegó a cobrar a dos duros por mamporro o puñetazo experto, que asegurara cardenal o

chichón, haciendo el menor daño posible. Los de medicina, que eran los que más entendían de aquello, fueron los que se pusieron las botas arreado estopa o imitando magulladuras; de todos modos, los mamporros que ellos dieron fueron altruistamente y con gran profesionalidad; a diferencia de otros.

Tras los heridos pasaron aquella colección abigarrada de pínfanos con los más inimaginables atuendos, desde Patuche y Pepelito en pijama (aquel día se habían levantado para desayunar y vuelto a la cama, como los últimos doce días, en el postrer e inacabado campeonato de encamamiento, que ya estaba batiendo el récord), luego, detrás de los empijamados, Fifo Guti, no sé a cuento de qué, aparecía vestido de monaguillo, Juanete de futbolista..., y otros más, con vestimentas y extrañísimas explicaciones para el general, que botaba encima de la mesa, diciendo tacos, hecho un basilisco, mientras el páter miraba al techo, que le interponía entre él y el cielo, como implorando el divino perdón.

Recuerdo con tristeza, que tras las vacaciones siguientes algunos pínfanos no aparecieron por el Colegio. A partir de entonces, el CHOE, perdió mucho de su encanto: dejamos de ver al curso siguiente al Viejo, al Páter y a compañeros, pitilleros incluidos, algunos de aquellos que llevaban años y años sin aprobar en la facultad no más que la gimnasia, y eso porque con llevar las zapatillas de correr a Las Pistas, y enseñarlas cuando pasaban lista, ya se tenía el aprobado. Bien es cierto que había más de uno que hasta la gimnasia la aprobaban “por poderes”.

Fue del Año del Mono. Fin de aquel status quo, periodo fantástico, cumbre de una era irrepetible, que se llama juventud, vivida en una pinfanidad que marcó nuestras vidas.

L.A PÍNFANA

Autor: Lucas Remírez Eguía

A vosotras

196...

Me llamo África, tengo 15 años, soy pínfana, bueno, lo he sido hasta hace muy poco, aunque, mirándolo bien, supongo que una vez que se pasa por un colegio de huérfanos se es pínfano para toda la vida. He pasado 8 años en el colegio de M^a Cristina de Aranjuez hasta que, al principio de este curso, mi madre me sacó del colegio.

Nací en Ceuta. Mi padre, militar, estuvo destinado siempre por aquellas tierras y cuando se casó con mi madre, siguió con la costumbre. Ella era de Toledo y según me ha dicho, al principio el vivir en aquellas tierras de Marruecos le daba un poco de reparo, pero enseguida se fue acostumbrando y terminó siendo una auténtica experta en regateo en el zoco.

En un accidente, durante unas maniobras, murió mi padre. Así pues, mi madre se quedó viuda con dos hijos, mi hermano de 3 años y yo de 6 y nos fuimos a vivir a Toledo.

La cosa económicamente estaba mal y no tuvo más remedio que tomar dos decisiones: una, enviarme a mí, que era la mayor, al colegio de Aranjuez y segunda,

empezar de nuevo a coser, como cuando era soltera.

De la existencia del colegio de Aranjuez se enteró por el habilitado que le llevaba la cosa de los haberes, así que fue a ver al representante del Patronato en Toledo que le dio toda clase de detalles. Le dijo que como mi padre había muerto en acto de servicio, si mi hermano, cuando fuera mayor, quería ser militar, tenía Beneficio de Ingreso para acceder a cualquiera de las Academias. ¿Y yo? De mí no le dijeron nada, sólo que en Aranjuez había un colegio donde podía estudiar sin pagar un duro.

A medida que me he hecho mayor, he ido hablando con mi madre y siempre hemos tratado de evitar la conversación sobre qué sintió cuando tuvo que tomar la decisión de mandarme al colegio. Conociéndola, sé que lo pasaría muy mal y debió tener una lucha intensísima entre el cariño y lo que, consideró, era lo mejor para mí.

Debe ser muy duro para una mujer, romper su familia enviando a los hijos fuera de casa durante un montón de tiempo. Por eso, en cuanto ha podido me ha sacado, pero me he pasado 8 años en el colegio y no se me olvidará nunca lo vivido en él.

¿Por qué escribo esto? Pues lo escribo porque la semana pasada estuve en un guateque en casa de mis tíos y conocí a cuatro pínfanos compañeros de mi primo. Nunca había tratado a ninguno y la verdad es que no tenía muchas referencias de ellos, pero la cosa es que, en las horas que estuvimos juntos, me pareció como si lo hubiéramos estado siempre. Me sentí como una más de su grupo y así me aceptaron. Uno de ellos, con el que más tiempo estuve, con ese lenguaje tan

pintoresco que ellos usan, me contó mil y una peripecias de su paso por los colegios y por eso he pensado que yo tengo mucho que contar también y nada mejor que escribirlo pues, aunque ya es tarde para hacer un diario, si recuerdo muchas cosas que no quiero que se me olviden.

Mi primer berrinche fue el día que mi madre me llevó para dejarme en el colegio. Hicimos el viaje los tres. Llegamos a aquél inmenso edificio y cuando se abrió la pequeña puerta del colosal portón, recuerdo que me agarré a sus faldas ya que aquella monja que nos abrió con aquellos hábitos y aquella toca que le encuadraba la cara, me dio miedo, bueno a mí y a mi hermano. Habíamos entrado en la que, durante unos cuantos años, iba a ser mi casa, sin yo darme cuenta de ello. Mi madre estuvo hablando con ella y con otra que apareció por allí y que me llenó de carantoñas.

Llegó el momento de las despedidas. Mi madre me dijo que le diera un beso a mi hermano, que iba a estar tiempo sin verle y que yo me quedaba a jugar con muchas niñas que había allí. Todavía siento en mis labios el roce de la cara tersa de mi hermano y el de la cara húmeda de mi madre, pues no había podido reprimir unas lágrimas. Con mi muñeca de trapo Fefa debajo del brazo y de la mano de la monja, traspasé aquel vestíbulo y antes de llegar a la puerta acristalada, me hizo volver la cabeza el llanto de mi hermano que quería que fuera con ellos. Eso es lo último que vi: a mi madre consolando a mi hermano, a la monja portera con la mano puesta en su cabeza llena de rizos rubios y a él llorando de forma desconsolada y diciendo “tata ven”, porque mi hermano me llamaba tata ya que África se le hacía difícil; luego le dio por llamarme “Kica” y con ese nombre me quedé en la

familia. Eso es lo que vi antes de que, una vez cerrada la puerta, me echara a llorar con una congoja que era incapaz de controlar y que me hacía agarrar a mi muñeca como única tabla de salvación, mientras la monja me llevaba a encontrarme con mis nuevas amigas, según dijo.

A lo largo de mis años de internado he llorado muchas veces y por diferentes motivos, pero aquella llorera, aquel berrinche, ha quedado grabado en mi mente y no se me olvidará mientras viva.

Los primeros días fueron muy duros para mí pues no conseguía habituarme a no estar con mi familia. Las monjas hacían todo lo posible porque me sintiera bien y ayudó un poco el hecho de encontrarme con niñas de mi edad.

Me situaron en la que, luego supe, se llamaba la 5ª Sección. Era donde estábamos todas las pequeñas y un día, al poco de llegar, vino una niña de las mayores que dijo que era mi “hermana mayor”. Se ocupaba de mi, me hacía la cama, me enseñó a ponerme el baby y el uniforme, a lavarme, sobre todo las orejas, y yo fui aprendiendo a aguantarme con los cuellos de plástico y a andar con los zapatos nuevos a pesar de que me comían los calcetines.

Mi “hermana” me peinaba con una coleta, otras veces me hacía trenza y cuando me estiraba el pelo me hacía ver las estrellas. Coleta llevé durante unos cuantos años hasta que decidí que me cortaran el pelo ya que, las veces que nos podíamos lavar la cabeza eran escasas, una, a lo sumo dos al mes y como yo lo tenía muy largo, me picaba horrores. Al salir del colegio volví a dejármelo crecer y ahora llevo otra vez trenza.

El dormitorio donde dormíamos las pequeñas era coqueto y se llamaba Santa Lucía. Nuestras camas eran pequeñas y parecían las de los cuentos y unas cuantas chicas de las mayores dormían con nosotras. Mientras dormí en ese dormitorio pude tener a mi muñeca Fefa encima de la cama y cuando tenía miedo o frío, las dos nos tapábamos con las mantas, incluida la cabeza y así nos quedábamos dormidas.

No todas tenían la misma suerte, mi vecina de cama, Eli, no tenía muñeca. Era la segunda de cuatro hermanos; su madre vivía en Sevilla con los dos pequeños de uno y cuatro años, el mayor estaba en Chamartín. Alguna noche la oía llorar tapada con las sábanas, lo mismo que ella a mí y eso debió ser lo que nos unió y desde los primeros días fue mi mejor amiga junto con Fefa. Cuando me hice más mayor pasé a dormir a otro dormitorio y fue diferente; había cuatro filas de camas, dos pegadas a las paredes y otras dos en el centro, unidas entre sí por los cabeceros, pero de forma que donde una tenía el cabeza, la otra tenía los pies, dicen que era para que no hablásemos. En los extremos del dormitorio, una especie de camarilla con unas cortinas de tela, que es donde dormían las monjas que estaban a cargo nuestro. Aquel dormitorio, tan grande y tan oscuro, me daba miedo al principio y no podía taparme porque tenía que dormir con los brazos a la vista.

La comida fue otro problema. Yo era muy “tiquis miquis” a la hora de comer y los primeros días apenas probaba bocado. Cuando me tuve que quedar yo sola sin poder salir a jugar hasta que no me comiese lo que me correspondía, empecé a descubrir que aquello era otro sistema diferente al que se usaba en mi casa.

El pescado no podía ni verlo y había veces que cuando me lo comía me daban arcadas, sobre todo con la caballa. Los garbanzos tampoco me gustaban nada y las patatas guisadas, las machacaba y me las comía como si fueran el puré que me hacía mi madre. Sí me gustaban mucho las galletas que nos daban de postre por las noches. La mermelada del desayuno, con pintas de cagalerilla, me la comía pasando la lengua por encima del pan y empleaba éste para hacerlo sopas con el café. Conforme pasó el tiempo me fui acostumbrando y llegué a ser una ferviente devoradora de la sobrasada de las meriendas. Y cosas de la vida, el chocolate de tierra fue para mí un manjar, tanto es así, que, aun ahora, le digo a mi madre que me compre.

II

La Primera Comunión representó para mí un gran acontecimiento. Cuando cumplíamos los siete años comenzábamos a prepararnos y cuanto menos tiempo quedaba más nerviosa estaba. Los vestidos iban pasando de unas a otras, año tras año. Como yo soy alta y estaba muy delgada, el vestido que me quedaba bien de cuerpo, me estaba corto de falda, así que tuvieron que sacar todo el dobladillo para que no fuera enseñando las pantorrillas. Cuando me hicieron la última prueba, me gustó mucho verme vestida como de novia. Y llegó el día, vinieron: mi madre, mi hermano y mis tíos y primos de Madrid. No a todas les venía la familia, más bien les venía a las menos. Cuando mi madre, antes de la ceremonia, estaba colocándome bien el lazo del vestido que se me había soltado, me dijo que quién era una niña que, con su

misal en la mano, junto a uno de los bancos del patio, estaba venga mirarnos. Era Eli, que no perdía detalle de lo que hacíamos, sola y preciosa con su vestido, porque Eli era muy guapa; su madre no había podido venir a acompañarla en ese día tan señalado. Mi madre le dijo que viniera, estuvo hablando un rato con ella y antes de que nos fuéramos para empezar la ceremonia le puso al cuello su cadena de oro, con una medalla del Sagrado Corazón, para que se le viera por encima del vestido y la tuviera durante la ceremonia. Creo que eso hizo a Eli feliz y más feliz todavía, le hizo el venir con nosotros para hacerse fotos y comer. Desde entonces, el domingo que mi madre venía a verme, Eli salía con nosotros. Lo mismo que yo tuve una “hermana mayor”, pienso que, para Eli, mi madre era su otra madre.

Yo leía muy bien y tenía mucha facilidad para aprenderme poesías de memoria, eso hizo que de pequeña, con 8 años y luego, de más mayor, en más de una ocasión. fuera la encargada de leer, unas veces y algunas recitar, una especie de bienvenida que les hacíamos a las visitas importantes.

La que más me impresionó fue cuando vino la Madre Superiora General, “La Buena Madre”. El colegio, los días previos, estuvo totalmente revolucionado con los preparativos. Las monjas querían que todo saliera bien y la Superiora viera los resultados de su labor docente. Yo debería tener unos diez u once años y me estuve preparando casi dos folios que me escribieron para que los leyera.

Al fin llegó el día, el colegio relucía como la patena y no digamos los suelos de madera que brillaban y oían a cera una barbaridad. Estábamos todas en el patio,

formadas por orden de cursos con las pequeñas delante, con nuestros uniformes grises, nuestras blusas blancas con pintas rojas y nuestra pajarita, antes nuestros uniformes fueron negros. En el centro del patio estábamos una mayor y yo que éramos las que teníamos que leerle la bienvenida, con nuestras bandadas, nuestras medallas y nuestro mejor aspecto.

Cuando entró y se dirigió hacia nosotras, acompañada por el consiguiente séquito, a mí me empezaron a temblar las piernas y noté que la boca se me secaba; hasta la vista se me empezó a nublar y en un trís que no me hice pis de miedo. Cuando llegó a unos dos metros, la monja con la que habíamos preparado la lectura, me hizo una seña para que empezara. Por más que hacía esfuerzos no había manera de que articulara palabra. La Superiora debió hacerse cargo de la situación porque me dijo algo así como: "No te preocupes hija, tranquila, verás que bien te sale".

Eso fue como si me hubieran dado cuerda, fue terminar ella y yo empezar a leer a una velocidad que ni respiraba. Cuando todo terminó y la tensión desapareció creo que, de lo relajada que me quedé, me hice pis de verdad.

La verdad es que fue la primera vez que lo pasé tan mal ya que, en otras ocasiones, no me había pasado nada de eso, por ejemplo, cuando nos visitaban los cristinos, pero es que estos eran muy majos y además, nos traían regalos: patines, bicis... Incluso ni cuando venía "papá Villalba", que también me tocó leer en más de una ocasión, me había pasado nada igual, pero esta vez, me impresionó mucho ver de cerca a la Superiora General.

Las navidades eran unas fechas esperadas pues significaban vacaciones, vuelta a casa y sobre todo, la llegada de los Reyes. Pero no todas las niñas podían disfrutarlas en sus casas y las pasaban en el colegio. Yo por suerte no pasé ninguna, pero mi amiga Eli sí. Cuando llegaba el día de comienzo de vacaciones y yo me iba, me daba mucha pena dejar allí a Eli y durante el tiempo que estaba con mi familia, me acordaba de ella y de cómo se lo estaría pasando. Luego, cuando volvía, me contaba lo que había hecho y según ella no se lo pasaban mal.

Colaboraban en hacer el belén que tenía hasta musgo de verdad y un río interminable de papel de plata. Jugaban mucho y para Reyes llegaban las sorpresas, hasta, en alguna ocasión, fueron los americanos de la Base de Torrejón y les trajeron regalos. A Eli, una muñeca y una caja de lápices de colores Alpino, caja que compartimos y que, por cierto, nos duró bien poco...

El tiempo pasa lento y rápido a la vez cuando estás interna. De los calcetines cortos pasé a las medias con el uniforme, de comerme los calcetines a hacerme tomates en las medias, esto último me causó más de un problema con el apartado Porte exterior. Pasé del dormitorio de la 5ª Sección, al de la 4ª, el del Niño Jesús, con las camas metálicas de color rosa y el escudo del colegio en la cabecera y de éste al de la 3ª. Lo mismo ocurrió con el comedor. Aquellas puertas que separaban unos de otros y que sólo permanecían abiertas en días señalados, las fui traspasando poco a poco y el primer día que me sentaba en la mesa de a cuatro, en el nuevo comedor, no podía por menos de acordarme de lo pasado mientras estaba en los anteriores. Eso sí, ansiaba poder estar en el último, en

el de las mayores, pues eso sería señal de que faltaba poco para dejar el colegio.

Las mayores... conforme fui creciendo fui haciendo cosas diferentes que de pequeña no hacía y eso era, además de nuevas experiencias que ayudaban a que el tiempo pasara más deprisa, una forma de unirnos más a Eli y a mí. Parecíamos hermanas gemelas pues íbamos juntas a todas partes, incluso a postular cuando llegaba el día del Domund. Un año nos tocó en Aranjuez; no sé cómo nos las ingeniábamos, pero siempre nos tocaba la hucha del chinito con lo que a mí me gustaba la del negrito. Di que, a la hora de pedir, sonaba mejor “para los chinitos” que “para los negritos”.

El año pasado, nos tocó ir a postular a Madrid el Día de la Banderita. La postulación la hacíamos bajo la dependencia de la mesa del Ministerio del Ejército. Allí nos llevaban en autobús, todas hechas un guante, vestidas con nuestras mejores uniformes. La mesa estaba instalada en la puerta del Ministerio en Cibeles, pero una vez que nos repartían la huchas, esta vez metálicas con una faja blanca con la cruz roja y la consabida cestita de mimbre con las banderitas, que tenían como mástil un alfiler, nos dispersábamos en parejas por La Gran Vía y calles adyacentes. Como es de suponer Eli y yo íbamos juntas y como de costumbre, echamos unas monedas de nuestros pingües caudales, para que hiciera ruido la hucha al agitarla. Al principio íbamos por la calle asaltando a todo el que pasaba y la suerte era dispar. Había transcurrido la mitad de la mañana y a Eli se le ocurrió que podíamos probar a subir por las casas. No recuerdo muy bien que calle era, pero estaba cerca de una confitería que se llamaba “La Violeta”. En los dos primeros portales

no tuvimos mucha suerte, alguna peseta conseguimos después de subir y bajar escaleras como tontas, y la hucha iba sonando más, aunque no gran cosa. En el cuarto portal no tuvimos suerte en los dos primeros pisos; cuando llegamos al tercero, nos cruzamos por la escalera con dos señores que salían de una misma casa. Decidimos llamar a esa puerta y nos salió una mujer muy emperifollada y repintada. Nos preguntó qué queríamos y cuando nos vio con la hucha, se nos quedó mirando de arriba abajo y nos dijo que de donde éramos, se lo dijimos y ella nos preguntó si eso era el hospicio de militares. Como tampoco era cuestión de darle explicaciones, le dijimos que sí y entonces nos miró con cara como de pena. Nos dijo algo así como que ella había tenido un novio militar, que la quería mucho y que murió en la guerra. Entre tanto, llegó otro señor preguntando si estaba “La cordobesa”, la otra le dijo que sí pero que estaba ocupada, que pasase y se sentara un poco en la salita. A nosotras nos cogió la cesta con las banderitas y nos dijo que esperásemos un momento. Allí nos quedamos las dos en la escalera con la puerta entreabierta y oyendo muchas voces de mujer con las que hablaba la señora pintada. Al poco salió con la cesta y en ella un puñado de billetes y un montón de monedas.

Le dimos las gracias, ella nos dio un beso a cada una y salimos escaleras abajo, no digo que corriendo, más bien volando. Cuando llegamos a la mesa y una de las señoronas encopetadas que estaban allí abrió la hucha, nos felicitó pues creo que fuimos las que, hasta ese momento, más dinero habíamos recaudado. ¿Hicimos bien?, ¿no debimos hacerlo? Me acordé de una frase que nos decía una de las monjas en el cole: Dios escribe recto con renglones torcidos.

La comida que nos dieron en el Ministerio a todas las que habíamos participado en la cuestación, a la que asistieron un montón de señoras y militares, fue estupenda. Voy a copiar el menú, ya que me guardé la cartulina que teníamos cada uno de los comensales, en la que figuraba lo que íbamos a comer:

—Crema Parmantier con costrones.

—Merluza a la vasca.

—Pollo asado al Jerez con guisantes, judías salteadas, champiñones y patatas fritas a la española.

—De postre, piña con guindas al kirs y fruta.

A Eli, a mí y al resto de mis compañeras, nos supo a gloria.

A las dos nos encantaba el cine, y nos lo pasábamos muy bien los fines de semana cuando ponían película, aunque, eso sí, con censura sobre la censura. Durante un tiempo llegué a pensar que cuando un hombre y una mujer se daban un beso de amor, la cosa consistía en ir acercándose las caras hasta llegar a una distancia de unos veinte centímetros pues, ahí, justo en ese momento, la monja de turno cortaba la proyección y la peli seguía en una escena completamente diferente. ¡Menuda habilidad tenían para dejarnos a dos velas!

Los fines de semana tenían un encanto especial, sobre todo los que el domingo venía mi madre. Al principio, mientras fue pequeño, venía con mi hermano, pero cuando llegó a la edad de poder ir al colegio de la Inmaculada, ella venía sola. Yo trataba de esforzarme para que las notas y la conducta fueran buenas y poder salir el domingo. En más de una ocasión me tocó tener que escribir una carta a mi madre diciéndole que no viniera porque estaba castigada y la verdad es que lo sentía más por ella que por mí,

aunque yo lo sentía un montón, pero sé que ella sufría de no poder verme el domingo que podía. Por eso, cuando venía a verme, apurábamos al máximo el tiempo del que disponíamos. Se nos amontonaban las cosas que contarnos. Las mías, giraban siempre en torno a mi vida colegial, eso sí, conforme fui haciéndome mayor, algo me iba a indicando que no debía contarle nada de lo malo que me pasase. Ella me contaba sobre cómo le iba a mi hermano en el colegio, me traía recuerdos de mi pandilla de amigos, mientras paseábamos por los jardines del Príncipe, eso sí, con Eli, cuando venía con nosotras, como testigo partícipe de nuestras confidencias.

Luego venía lo peor, la despedida. Llegué a odiar aquel portalón de madera, que cuando se cerraba la puerta pequeña por la que se entraba, me separaba durante un tiempo de mi madre. Ella se hacía la fuerte, pero estoy segura que cuando iba de regreso a casa, más de una lágrima derramaría, seguro. Hasta que volvía a venir nos quedaban las cartas como medio de comunicación

Las cartas... menudo lío, también censuradas, las que mandabas y las que recibías. Una a la semana y tenías que elegir a quién se la escribías, porque una y nada más. La entregabas abierta y las recibías igual. Con el tiempo se iba estableciendo un lenguaje camuflado, como en las películas de espías, sobre todo cuando me escribía con mi pandilla de amigos. En cierta ocasión, Bea una compañera mía mayor, recibió una carta de unos amigos y la monja de turno había puesto: "Esas amistades no le convienen Srta. Martínez, procure no volver a contactar con esos chicos y en breve se lo comunicaremos a su madre". Debieron poner alguna nota a su madre, pero les contestó que las familias de

los chicos eran amigas tuyas y que podía seguir carteándose con ellos. Conociéndolas, seguro que eso les debió saber a cuerno quemado.

III

Aunque peor me sentaba a mí cada vez que me pinchaba y mira que lo hacía veces y es que también hacíamos labores y yo, en la clase de costura, me lo pasaba bien porque me gustaba, a lo mejor era por todo lo que veía coser a mi madre, pero me llenaba de pinchazos, sobre todo con los respuntes. Me gustaba el punto de cruz y el cordoncillo. En el sobrehilado me torcía todo lo que quería, no había manera de que consiguiera seguir la línea recta.

No se puede decir que yo haya sido una chica que haya tenido muchos problemas en el colegio, de estudios no he ido mal hasta la fecha, me gustan más la Literatura y el Latín que las Matemáticas, por eso, al aprobar la Reválida de cuarto, que por cierto nos íbamos a examinar a un Instituto de Madrid, elegí Letras .

De conducta ha habido de todo, sé lo que es estar encerrada en el cuarto de las banderas, estar castigada sin ir al cine, atravesarme yo sola, a oscuras, aquellos interminables pasillos, camino del dormitorio, porque me habían despachado del comedor, con el consiguiente pánico por la sensación que tenía de que, algo o alguien, venía detrás mía. He tenido que entregar bonos por mirar hacia atrás durante la misa o llegar tarde a la fila, incluso, por llevar tomates en los calcetines y no digamos por Urbanidad, cuando se me escapó en el comedor un eructo que ni de labrador.

Pero también he tenido suerte. El año pasado hice una apuesta con mis amigas, a que por la noche iba hasta donde dormía una de las monjas y abría la cortina. La verdad es que después de hacerla me arrepentí por el lío en que me iba a meter. Apenas cené esa noche, pensando en lo que venía después. Cuando nos metimos todas en la cama y la luz se apagó, dejé que transcurriera un rato aunque sabía que mis amigas estaban despiertas esperando acontecimientos. El dormitorio estaba en silencio absoluto sólo roto por alguna tos y el ruido de algún somier al darse la vuelta su inquilina. Me levanté descalza y fui avanzando, por el pasillo que formaban las camas, hacia donde se encontraba la cama de la monja.

A través de alguna rendija de las ventanas entraba algo de luz procedente de la tenue iluminación de la calle. Conforme iba aproximándome, era más la sensación de que las cortinas se movían, lo que quería decir que la monja estaba despierta. Poco a poco me iba arrepintiendo de haber hecho la apuesta pero no me podía volver atrás. Las cortinas, detrás de las cuales estaba la cama de la monja, las tenía al alcance de la mano. Aun en la oscuridad, sentía en mi nuca la mirada de mis amigas y lo que sentía de verdad era un pavor que subía desde la punta de los pies hasta el pelo. Estaba sudando y me temblaba la mano. Toqué la cortina con los dedos y me pareció como si quemara. Sin casi respirar, fui corriéndola despacio y asomando la gaita por la rendija. ¡La cama estaba vacía! No era cosa de que las demás lo descubrieran, así que muy chula, metí la cabeza por las cortinas, luego la saqué, las corrí otra vez y volviéndome hacia el dormitorio, donde suponía me estarían observando mis amigas, levanté los brazos en alto en señal de victoria, pero

escasos segundos porque, a continuación, me pegué una carrera y me metí en mi cama con un tembleque, producto de los nervios, que hasta los dientes me castañeteaban. Al día siguiente, fui la heroína para mis amigas, pero me juré que no volvería nunca más a meterme en aventuras de esa categoría.

Como no tengo mucho tiempo, trataré de abreviar. Contaré que al final del curso pasado, mis tíos, que gozan de muy buena posición social en Madrid, le encontraron un trabajo a mi madre de primera oficiala, con muy buen sueldo, en un taller de costura de un conocido modisto madrileño. Nos trasladamos a vivir a Madrid y la vida cambió para mi hermano y para mí. Él sigue en el colegio, pero ahora es completamente diferente, ya que todos los domingos puede ir a casa. A mí me dieron una beca y voy a un colegio también de monjas y la verdad es que, quitando que voy a comer y dormir todos los días a casa, lo que es la vida interior en el colegio no se diferencia de la que llevaba en M^a Cristina.

Ahora que estoy fuera no puedo por menos de recordar los años pasados en ese colegio, en él fui niña, adolescente y me hice mujer. Pasé de los calcetines a las medias hasta la rodilla. De comer con ayuda, a saber manejar los cubiertos. Aprendí a distinguir entre “Sor” y “Madre”. Fui pasando sucesivamente de un dormitorio a otro, lo mismo ocurrió con los comedores, y con los patios de recreo. No tuve nunca patines, pero aprendí a patinar. Vi representaciones teatrales en el salón de actos y en alguna ocasión actué en ellas. Películas, tanto de risa como de miedo o patrióticas, las vi unas veces sentada en los bancos y otras por detrás de la pantalla, cuando estaba castigada y la monja que nos cuidaba se dormía. Hice

mil y una formaciones en el patio vestida con mis mejores galas. Viví el cambio de uniforme. Me aprendí canciones de todo tipo: religiosas, militar, festivas. Aprendí motes, y a escribir en clave. Los jardines del Príncipe y de la Isla no tienen secretos para mí. Hice excursiones a Ontígola y el Secano. Ejercí empleos de lo más variopintos. Pasé de no saber hacerme la cama a repartir los “líos”.

Adquirí habilidad en sacarle brillo a la tarima del suelo con una bayeta en cada pie. Recé. Hice ejercicios espirituales. Me aprendí de memoria la letanía y los misterios del rosario. Me acostumbé a hacer tablas de gimnasia con pololos. Me quedé colgada de las espalderas como un auténtico chorizo. Salté algún aparato que otro, no muchos. Alguna vez conseguí que al levantarme el día de San Valentín, me encontrase que la zapatilla que había tirado al aire la víspera, una vez se apagaron las luces del dormitorio, había caído con la suela para abajo. También es verdad, que la mayoría de las veces, el papel con el nombre del chico que me gustaba, había sido el que se fue por el váter.

Traspasé en uno y otro sentido cientos de veces el portalón que me separaba del mundo exterior y de los míos. Llevé bandas de diferentes colores y anchuras, medallas y condecoraciones; incluso he conseguido donaciones para el Día de la Banderita en una casa de citas.

Me aprendí de memoria lo que ponía la placa que había en el vestíbulo de la entrada, antes de traspasar la puerta de cristales: ”SU MAJESTAD EL REY ALFONSO XII Y EN SU NOMBRE SU AUGUSTA MADRE...”. Lloré, lloré mucho y reí también mucho. Sufrí algunas veces viendo como alguna compañera, paseaba su sábana señalando su “pecado”: el haberse

orinado por la noche. He aprendido a valerme por mí misma, a compartir penas y penurias con mis compañeras, a no hacer a mi madre partícipe de mis pesares, para evitarle disgustos. He hecho amigas de las de verdad, de las que no olvidaré nunca, al menos eso es lo que creo.

Cuando me despedí de mi amiga Eli, lloramos las dos, dijimos que volveríamos a vernos pero sé que eso será cada vez más difícil. Algún domingo iremos mi madre y yo a verla, pero llegará un momento en que eso no será así y nos iremos distanciando, aunque siempre me quedará aquí dentro su recuerdo.

Poco a poco seguro que las caras de mis compañeras se me irán desdibujando, lo mismo que los recuerdos, por eso estoy escribiendo esto; aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos.

Entonces volveré a encontrarme con ellas, con las que sufrieron y se divirtieron conmigo. Y todas volveremos a ser un poco niñas, como ahora. Y unas a otras nos ayudaremos a recordar lo vivido en estos años. A algunas no conoceré y me tendrán que decir: "Oye, ¿no te acuerdas de mí?". Es probable que, cuando pregunte por alguien, me digan: "Pues ya tiene nietos" o "La perdí de vista y no he vuelto a tener noticias de ella" o "Me carteo con ella, vive en el extranjero" o, por desgracia, "Murió hace un par de años". Y a mí, me dé la sensación de que las estoy viendo como ahora, con sus babis de rayas blancas y rojas.

Por eso escribo esto, y por eso, en mi habitación, tengo la foto de Eli, de Primera Comunción y a mi muñeca Fefa, compañeras inseparables y testigos directos de mi paso por M^a Cristina.

EL DUENDECILLO Y LA PÍNFANA

Autora: M^a Carmen Jaime Santamaría

Me llamo Lamín y soy un duendecillo.

Nací en Aranjuez, en un junco a la orilla del Tajo. Frestón, nuestro Duende Mayor, decide el momento en que debemos hacerlo y nos encomienda una misión que cumplir.

Después de celebrar con una gran fiesta mi nacimiento, nos sentamos debajo del junco y me habló cariñosamente.

—Lamín, escucha con atención. En la calle Capitán, hay un caserón enorme, con una gran puerta de madera, flanqueada por dos lanzas que soportan un techo de cristales. Es el Colegio de M^a Cristina, se le conoce por La Casona y en él estudian y se educan niñas de todas partes de España. Son todas huérfanas, sus padres eran militares del Ejército, y se llaman entre sí Pínfanas. Ninguno de nosotros ha traspasado nunca esa puerta, así que te voy a encargar a ti de hacerlo. Irás allí mañana y por la noche nos contarás lo que hayas visto y oído.

Me sentí muy halagado y aquella noche todos durmieron menos yo. Esperaba impaciente que amaneciera.

Con el primer rayo de sol, me dirigí a La Casona y entré.

Me encontré en un salón muy grande presidido por una pintura de una mujer de gran porte y distinción. Más tarde me enteré de que pertenecía a una Reina, fundadora de aquel lugar.

Una señora muy guapa vestida de negro, morena y con unos grandes ojos verdes que me parecieron algo tristes, conversaba con la Madre Superiora. A su lado sentada entre las dos, una niña de pocos años escuchaba lo que decían. Sus ojos eran verdes también, e igualmente me parecieron tristes. Al poco rato se levantaron y yo me escondí en el bolsillo de la chaqueta de la niña.

Atravesamos una puerta de cristales y apareció un patio grande, con arbolitos y bancos de piedra. Un numeroso grupo de niñas vestidas, con uniforme negro, cuello blanco, cinturón rojo, zapatos y calcetines negros y un lacito también rojo debajo del cuello, jugaban.

Fuimos de un lado a otro. Vimos todo el caserón, sus patios, su jardín, los comedores, la capilla, la biblioteca, los laboratorios, las aulas, las salas de juegos, largos pasillos que comunicaban patios entre sí, el salón de actos y los dormitorios.

Bajamos de nuevo al patio, pero esta vez por una escalera de madera limpia y encerada, con grandes vidrieras y plantas.

Apareció una niña más mayor con una larga trenza y una cinta roja con una medalla que le caía sobre el pecho. Le dijeron que sería su hermana mayor y que cuidaría de ella.

Los minutos siguientes fueron muy tristes. La señora guapa y la niña se abrazaron, y en los ojos verdes de las dos aparecieron unas gotas de rocío, parecidas a las

que vi en el junco de mi nacimiento, que resbalaron por sus mejillas.

Se dieron un último abrazo y la señora guapa desapareció tras la gran puerta del caserón.

La niña se llevó las manos a sus ojos que se llenaron completamente de gotas de rocío, así que su hermana mayor la consoló cariñosamente y se la llevó de la mano.

La vistieron igual que a las otras niñas y al acostarse la oí gemir y llamar a su mamá muy bajito. Sentí de nuevo las gotas de rocío por su cara.

—Oye... —le susurré— oye...

Levantó la cabeza un poco asustada y me dijo:

—¿Quién eres tú?

—Soy un duende

—Los duendes no existen

—Ya ves que sí

—¿Y de dónde vienes?

—Eso es muy largo de explicar, pero quiero ser tu amigo, ¿quieres tú?

—Sí, ¿cómo te llamas?

—Lamín, yo me tengo que ir ahora, pero mañana vuelvo y me cuentas que tal te ha ido.

—Bueno, hasta mañana.

Salí por la puerta de madera tan pronto como pude, llegué al río y todos escucharon con atención lo que les conté.

Al terminar Frestón se me acercó y me dijo con voz cariñosa:

—Lamín, lo que has visto en los ojos de la señora guapa y de su hija, no son gotas de rocío. Los humanos

cuando sufren, de sus ojos caen lágrimas y a eso se le llama llorar. También pueden hacerlo de alegría. Nosotros no poseemos ese don, es sólo de ellos, solo en alguna ocasión especial algún duende lo ha hecho. Ahora a dormir que mañana has de volver, y recuerda que tu amiga debe guardar el secreto de tu existencia y tú no debes saber su nombre.

En cuanto amaneció volví a La Casona tan rápido como pude.

Busqué a mi Pínfana y me metí en su bolsillo.

—Ya estoy aquí. Pínfana no debes decir a nadie que existo, es un secreto, si lo haces no podré volver.

—Bueno... te lo prometo.

Así, durante todo el tiempo que duró el curso, yo asistía puntualmente a mi cita en La Casona.

La vi hacer amigas en poco tiempo. Observé lo mucho que aprendía en sus clases, en los recreos aprendió a andar sobre patines y a montar en bicicleta. La vi enfadarse cuando tenía que dar unos cartoncitos que me dijo que se llamaban Bonos y que las Madres se los pedían cuando se portaban mal. Cuando los conservaba, le ponían los sábados una medalla en el cuello que me mostraba orgullosa.

Fui en su bolsillo cuando iban de paseo a los jardines de La Isla y del Príncipe Allí jugaban todas juntas y yo terminaba cansadísimo de tanto traqueteo, pero la quería cada día más y los amaneceres eran cada vez más deseados por mí.

Ya sabía peinarse y lavarse sola; Pronto no necesitó de su hermana mayor.

Le gustaba mucho leer y en los días de lluvia jugaban al parchís y al Palé y me enseñó cómo se hacía.

Llegó el buen tiempo y, con el calor, los días se alargaban y las noches eran más cortas.

Una mañana, al llegar a La Casona, había mucho ajeteo.

Mi pínfana me contó que se iba a pasar las vacaciones a su casa. Por la noche, y muy triste, le pregunté a Frestón y me lo confirmó.

—Se van a pasar el verano. Vuelven a sus casas, van a ver a su mamá después de nueve meses de curso.

Cuando volví al día siguiente todo eran risas en las Pínfanas, ya no llevaban el uniforme y preparaban sus maletas con alegría.

—No estés tan triste Lamín —me dijo mi amiga— volveré el curso que viene, mi mamá ya ha llegado así que nos tenemos que despedir, pero me acordaré mucho de ti, y quiero darte un beso.

Se escondió tras una columna, me depositó en su mano y me dio el beso más dulce que he recibido. La señora guapa la cogió en sus brazos y besándola sin parar lloraron las dos; esta vez de alegría.

Volví al río y les conté a todos que se había ido y que estaría mucho tiempo sin verla. Frestón habló con seriedad, pero con cariño,

—No la verás más Lamín .Es decir sí la verás pero no podrás hablar con ella, y olvidará que has existido en su vida, son nuestras reglas.

Sentí algo por dentro que no me dejaba respirar... De repente sentí algo que resbalaba por mis mejillas. Estaba llorando.

Todos vinieron. Primero me miraron, y luego tocaron mis lágrimas. Después empezaron a hablar entre ellos con gran algarabía. Yo cada vez lloraba más y en

mi corazón sentía una tristeza infinita.

—Querido Lamín —dijo Frestón— has conseguido llorar, eso quiere decir que tus sentimientos hacia tu amiga son sinceros. Podrás todos los años escoger una pínfana a quien cuidar durante su primer curso, en las mismas condiciones que este.

Me sentí algo más reconfortado.

Pasó el verano y ni un solo día dejé de pensar en ella. Cuando las hojas de los árboles empezaron a ponerse amarillas y los días fueron más cortos, me acercaba a La Casona diariamente para ver si llegaba. Por fin, una mañana aparecieron. Mi corazón latía apresuradamente. Con ellas venía otra niña con dos largas trenzas.

Pensé que sería su hermana y la escogí para hacerme cargo de ella.

Así lo hice siguiendo el mismo ritual que el año anterior. La quise como a su hermana y la cuidé cuanto pude. También lloré cuando se fueron de vacaciones, y sentí latir mi corazón cuando volvieron. Al cabo de cinco años el día que regresaban les acompañaba otra niña muy pequeña. Era su otra hermana y compartí con ella su primer curso.

A lo largo de los años tuve siempre una Pínfana a mi cuidado. Todas eran diferentes, a todas las quise y estuve con ellas sus momentos de alegría y tristeza. A mi primera pínfana la ví convertirse en una jovencita responsable y llena de inquietudes, cultivar la amistad con sus compañeras, y terminar sus estudios en el colegio. El día que se fue para siempre, mis compañeros me consolaron toda la noche. No la volvería a ver más, su recuerdo es lo único que me quedaría, y lloré mucho, tanto, que Frestón tuvo que ordenarme que dejara de hacerlo bajo amenaza de no volver a La

Casona.

Todas me olvidaron cómo se me dijo al principio.

Nunca supe sus nombres, para mí fueron siempre mis Pínfanas, unas niñas que me quisieron durante un año, a las que yo quise siempre, y que me enseñaron a llorar.

MI ESTRENO COMO PÍNFANO

Autor: Miguel Alfonso Barrera Fernández

Año 1949

Residía en una pequeña aldea cerca de O Grove. Península en el N.O. de la provincia de Pontevedra. Se llamaba Ocón y era donde mi madre (viuda de oficial caído en el frente de Teruel, Belchite) tenía como destino su pequeña escuela unitaria de chicas, hijas de pescadores y labradores, donde ejercía como Maestra Nacional que era como se llamaba en esta época a los Profesores/as.

Somos dos hermanos. Yo soy el mayor y por entonces tenía 13 años o iba a cumplirlos. No sabía que existían los internados de carácter militar, no había oído nunca nada y creo que éramos los dos únicos huérfanos de esta clase, por aquellos contornos.

Transcurría nuestra vida con normalidad, con gran carencia de alimentos, el pan blanco nunca lo vi, había de maíz y lo que te correspondía con dos vales de la cartilla de racionamiento. Abundaba el pescado (el Grove es un puerto de mar y muy pesquero), pero el barato, lo demás, junto con el marisco salía para Madrid en aquellos camiones “pescaderos” que se jugaban la vida al atravesar los puertos de montaña que había en la antigua general para llegar a la capital de España. Por lo demás en casa nos surtíamos de los

productos hortícolas y de los regalos que le hacían a mi madre sus alumnas cuando en sus casas hacían la matanza anual.

Estábamos asistiendo a la Escuela de Orientación Marítima Pesquera, de El Grove. Todos los días nos trasladábamos desde la aldea al centro del pueblo a pie, bien abrigados contra la lluvia (muy corriente en aquella zona climática) con nuestros zuecos de madera y sobre todo paraguas. Nuestro Maestro era Don Pepe “o coxo” que sustituía al titular que ejercía en otro pueblo en el Pósito de pescadores.

En el aula, situada debajo del Ayuntamiento, estaban el juzgado, el calabozo, que lo veíamos desde la clase y el consultorio médico.

En el alumnado había 3 grupos. El 1º que eran de Primaria, eran los iniciados en todo, los de 2º de preparatoria y nosotros los de 3º que nos denominaban “los estudiantes” porque ya habíamos hecho el ingreso en el Instituto de Pontevedra y por libre continuábamos el Bachillerato por el mismo plan de estudios.

Mi hermano se preparaba para el Ingreso en junio y yo había aprobado 2º y estaba esperando ingresar en un colegio de Vigo que a través del Ayuntamiento o de la Iglesia, cuando no había mucha demanda de plazas de pago, entonces adjudicaban gratis a los que lo habían solicitado con la condición de ayudar en el colegio en la limpieza, cocina, etc.(No me acuerdo de más, porque no llegué a ir).

Tenía mi pandilla de compañeros del Cole, también mis vecinos, hijos sobre todo de pescadores, porque me gustaba mucho el subir a las embarcaciones ya fueran pequeñas, dornas, gamelas, racús, traineras o las célebres “parejas” que faenaban en Leixoes o también

en el “Gran Sol” a la pesca de la merluza y el bonito, barcos que estaban un cierto tiempo en la mar y que recuerdo como los padres de mis amigos nos relataban lo que habían pasado por aquellas latitudes; esto es lo que llaman pesca de altura pero lo corriente es la pesca de bajura en la Ria de Arosa que es donde está situado mi domicilio. Generalmente se dedicaban a la pesca de menor tamaño y también al “xeito o copo” de la sardina, los primeros por el día y los segundo durante la noche que es cuando brilla el pescado y se lanzan las redes. Hay que tener en cuenta que las embarcaciones eran de vela y pocas de gasolina. El gasoil apenas existía para esta clase de barcos, los grandes empezaban a fabricarlos (los motores) mientras que los demás eran a remo y a vela.

Desde luego, cuando no asistía a la Escuela, mi lugar preferido era el muelle de pescadores (y lo sigue siendo) que iba con mis amigos a esperar a sus padres, ayudábamos a seleccionar la pesca para que luego sus mujeres las pusieran en las “patelas” (cestas grandes que llevan en la cabeza) y fueran a La Lonja o al mercado. Es cuando nos dábamos cuenta de si había sido buena o mala la captura de las mismas.

Por lo demás, transcurría todo de una manera normal; asistía como monaguillo a la Parroquia y llegué a tener cierta amistad con un cura (no el Párroco), D. Juan y le ayudaba a llevar la Cruz en los entierros como los demás compañeros, igual en las novenas que nos vestían de colorado en las mismas.

Otra de las actividades era la pasión de jugar al fútbol. Lo ejercíamos en el campo de la isla de La Toja, después del puente que la une con el pueblo. Nuestros contrincantes eran los “mariñeiros” y dado que su

simpatía hacia nosotros no era muy buena, terminábamos casi siempre de mala manera.

Por mi afición al fútbol me enteré de que iba a ser Pínfano. En los recreos, delante de la Escuela, había y existe, la Plaza Mayor. Era el lugar preferido para jugar a la pelota hasta que llegaban los municipales que tenían las oficinas justamente delante. Bajaban, nos cogían la pelota y nos echaban la bronca, ¿por qué? Pues el hijo del jefe de los Guardias estaba también siempre con todos y por eso no nos multaban. Pero un día nos volvieron a tomar nota y la carta llegó a casa, con lo que tuve que bajar al Ayuntamiento.

Cuando estábamos esperando ser recibidos por el jefe (también los otros familiares de mis compañeros), pasó el Sr. Secretario del Ayuntamiento y le dijo a mi madre que pasara a su despacho. Pensando que era por lo del fútbol, nuestra sorpresa fue mayúscula cuando nos dijo que el Patronato de Huérfanos nos comunicaba mi ingreso en el Colegio Santiago de Valladolid. Adjuntaba los pasaportes (hojas de embarque), tanto de ida como de vuelta de mi madre y la fecha de presentación en el Centro. La primera reacción de mi madre fue echarse a llorar. Yo no me di cuenta del alcance de la situación en ese momento, sólo que el “Secre” le hizo a mi madre un montón de consideraciones sobre el valor de los estudios y el porvenir que me esperaba aquí. Volvimos para casa como si nos hubiera caído una gran desgracia.

Sin apenas hablar del asunto se empezó a preparar la marcha. Lo primero que hicimos fue ir al médico. D. Luis Casais, amigo nuestro se alegró mucho de esta situación, su esposa era también maestra y sus hijos eran compañeros de “cole” y de juegos. También porque mi madre le había cedido la escuela, es decir,

lo que se llama una permuta y nos estaban muy agradecidos. Me reconoció y extendió el certificado que solicitaban.

Fuimos luego a comprar también lo que pedían, unos zapatos y ropa interior. Pasamos por el cuartel de la Guardia Civil para que sellaran las notificaciones y regresamos para nuestra casa. Allí estaban todos mis amigos que se enteraron por mi hermano al asistir a la escuela como todos los días hacía. Fue bastante emocionante la despedida y todavía la tengo en la memoria y en el recuerdo.

Al otro día con mi maletilla de cartón desde la aldea a la administración de donde salía el coche de La Unión para Pontevedra. También allí me esperaban mis amigos e incluso algunas amigas de la pandilla. Creo que fue el peor momento que pasé entonces. Hasta aquí no le había dado importancia a esta situación, pero sí fue duro. Allí estaba el Capitán de Artillería de la Batería de Costa de San Vicente próxima al Grove, gran amigo de mi padre, juntos hicieron la Guerra Civil, y me dio un abrazo a la vez que me puso en el bolsillo de la chaqueta unos billetes de 1 o 2 ptas.

Arrancó el coche. Mi madre le dio al revisor uno de los papeles. Me acuerdo de que no lo cogió porque no iba a perder el tiempo en ir a cobrar unas pesetas, en el Gobierno Militar. Así que pagamos nuestros billetes y se llegó a Pontevedra. En la estación nos dijeron que en el tren nos darían los billetes al presentar los pasaportes (es decir las hojas de embarque). Tuvimos que ir a Redondela y allí tomamos el correo que iba a Madrid viniendo de Vigo. Nos instalamos en el vagón de 3ª con asientos de madera donde el revisor nos indicó.

El viaje fue largo y lleno de vicisitudes. Este tren tenía que dejar preferencia a todos los demás excepto a los mercancías. Cambio de máquinas al pasar los puertos que existen en el antiguo trazado, las esperas que duraban a veces horas con paradas interminables y sobre todo la diversidad de las gentes que viajaban. Me acuerdo de que en Astorga bajamos para tomar un tazón de café con leche con sus famosos “mantecados”. Cuando estábamos esperando en la cantina, aparecieron dos Guardias Civiles con un preso. Este estaba lleno de cadenas por todo el cuerpo, la cara no era muy agradable y los comentarios de las gentes, tampoco. Volvimos de nuevo a nuestros asientos aguantando el frío, luego el calor, la carbonilla que se metía por la nariz, las colas para ir al retrete, etc, etc. Salimos de Pontevedra a las 3 de la tarde y después de viajar toda la tarde, noche, llegamos a Valladolid a las 7 de la mañana.

Preguntamos donde estaba situada la calle Muro nº 9, nos lo indicaron y estaba cerca de la estación, paralela a la calle Gamazo próxima al Campo Grande, célebre por las famosas correrías de los pínfanos los días de salida.

Anduvimos unos 10 minutos y enseguida encontramos el Colegio. La puerta grande de hierro, que actualmente es lo único que se conserva, después del timbrazo nos abrió el portero (Tasio) con una bata de la misma tela (trapillo) que el uniforme de diario nuestro, después de las consabidas preguntas nos hizo pasar a una sala que estaba situada en la parte izquierda de la entrada.

Nos dijo que esperaríamos que ya nos llamarían. Aunque estaba amaneciendo dicha sala estaba a oscuras y en unos bancos corridos estaban unas señoras

enlutadas con sus hijos. Me acuerdo de la madre de Domingo Gil Galindo y la de Antonio Amat Márquez, de Puente Genil y Granada respectivamente; hubo como es natural conversaciones y saludos pertinentes y de vez en cuando el portero llamaba a algunas de las madres que con su hijo salía de dicha estancia. Me viene a la memoria el “mal cuerpo” que tenía y que a lo largo de mi vida y en ciertas ocasiones me ha seguido ocurriendo. Cuando nos tocó a nosotros, subimos unas grandes escaleras y con el olor a cocina nos introdujeron en un despacho donde nos recibió el Director Tte. Coronel Fdez. Gómora.

Vinieron a continuación las preguntas sobre nuestra situación, de donde veníamos, sobre mi padre, etc. Dijo que yo ya me quedaba allí y a mi madre que antes de su marcha podría verme por la tarde, llamó por el timbre y apareció un Inspector (D. Félix) el cual nos acompañó a una de las aulas donde había bastantes compañeros en plan de estudio, la verdad que la entrevista con el Director fue bastante “seca”, no hubo ningún conato de cariño o simpatía.

La entrada en el aula de 3º fue de novedad; me hicieron las clásicas preguntas a la vez que les mandaba callar un señor que estaba en una mesa en la parte de atrás de dicho aposento. Sonó una campana y fuimos al patio después de pasar unos soportales. Los “novatos” de una manera natural nos reunimos juntos, vestidos de calle o paisano, porque los demás vestían el clásico trapillo antes mencionado.

Volvió a sonar la campana, tuvimos que formar para pasar al comedor, siempre dirigidos por un Inspector. Cuando terminó el cura de rezar la bendición nos indicaron la mesa que era de 10 alumnos. Servían a 5 y en otro extremo lo hacían para otros 5. En tu lugar

había un pan (chusco) y una de las señoras (por cierto nada agraciadas físicamente) dejaba la fuente con la comida para que el alumno encargado sirviera a los que les correspondía. Cuando se terminó, al patio. Otra ronda de preguntas para oír de nuevo la campana y subida al estudio. Cada hora había clases y así comenzó mi vida de internado.

Por la tarde, hacia las 6 me llamaron para ir a la portería. Me esperaba mi madre y aproveché para decirle que no me quería quedar allí. Después de hablar un buen rato, ella que era muy amiga de los refranes dijo; Mira Migueliño: "claro que siempre crecen espinas entre las rosas, pero tienes que vivir el momento y la situación te obliga a quedarte. Verás como cuando vengas en vacaciones de Navidad, piensas de otra manera". La acompañé hasta la puerta grande que daba a la calle y a través de las rejas vi cómo se iba para la estación de Pucela. Su figura cada vez más oscura se iba haciendo más pequeña hasta desaparecer de mi vista, me esperaba una vida nueva que yo nunca había imaginado.

¡Ya era Pínfano!

RECUERDOS Y REENCUENTRO

Autor: Antonio Benítez Ballesta

A todas las personas que gozaron o sufrieron los internados y a los familiares que compartieron la separación de sus seres queridos.

Llueve y el viento sopla con fuerza en la calle, su voz se hace oír y el ánimo se encoge, es una de esas numerosas tardes de los fines de semana del frío y húmedo invierno del norte, sin mucho que hacer ni en que pensar, decido sentarme delante de la pantalla del ordenador, no hay una razón lógica para hacerlo ni necesidad de abundar en el trabajo atrasado, es pura rutina y aburrimiento.

Con una actitud un tanto perezosa, me encuentro sentado delante de la pantalla confiado en que alguna idea entretenida me ofrecerá el escaparate informático que se ha hecho habitual en nuestro entorno y como no podía ser menos en nuestros hogares

Comienzo a navegar, curioso término este, y como los buenos chiquiteros del norte que van de un bar a otro sin prisa pero sin pausa, paso de una página a otra hasta que me detengo en una que me llama especialmente la atención, se presenta bajo el título genérico de asociaciones de antiguos alumnos, ofreciendo amplia y diversa información al respecto.

Cuanto menos, se adivina una página cargada de una

gran dosis de recuerdos y nostalgias y que duda cabe que después de tantos años de idas y venidas por escuelas, colegios, institutos y universidades, todos somos poseedores del nostálgico título de “antiguos/as alumnos/as” donde con mayor o menor intensidad presentamos un amplio bagaje.

En esta situación y con cierto grado de curiosidad me dispongo a intentar localizar algo sobre los antiguos alumnos donde supuestamente, como otras muchas personas, pudiera estar ubicado, el caso es pasar el rato; en este sentido, como antiguo alumno de varios centros escolares presento algunas vivencias que de forma ocasional comento en diferentes momentos de mi vida social a modo de anécdotas y que a pesar de los años que han pasado las recuerdo con cierta facilidad, casi siempre son las mismas pero a pesar del paso de los años las sigo recordando.

Enfrascado en este trance, aparece una página con la que me llevo una sorpresa mayúscula la “Asociación de Antiguos Alumnos de los Colegios de Huérfanos de Oficiales del Ejército.

¡Joder yo fui alumno de estos centros o colegios!

¡Que grata sorpresa!

Comencé a curiosear la página, aparecieron fotos en cuyo pie se encontraba el nombre de algunos de mis excompañeros, e incluso yo estaba en una de ellas, también aparecieron las imágenes de los colegios, Padrón, Chamartín, Carabanchel Bajo, noticias sobre actos institucionales que la asociación había realizado etc.

Continué curioseando y allí estaba el nombre, la dirección, el teléfono de muchos de mis todavía recordados amigos y compañeros de libros y pupitre, hoy

solamente recordados pero que durante muchos años su imagen ha permanecido abandonada en el baúl de los recuerdos, unos y otros con los que conviví especialmente en los primeros cuatro años de la vida en Padrón y sobre los cuales hoy me asalta la enorme curiosidad de conocer su presente porque una parte de su pasado no solo lo conocía, sino que también la habíamos vivido y compartido de manera intensa, sufrida y dura pero especialmente solidaria y esperanzadora.

En aquel preciso instante, comenzaron a pasar por mi mente, nombres, motes, números, anécdotas, historias, lugares y recuerdos de las situaciones vividas, situaciones de estudio, de recogimiento religioso, de deporte, de pillerías y chiquilladas, de castigos y fugas que vividas en aquella época han dejado en mí y posiblemente en infinidad de personas como yo, en unos casos recuerdos evidentes que bajo ningún concepto pueden desaparecer y en otros secuelas entre las que destacan aquellas que especialmente nos han ayudado en la construcción mental y social de lo que hoy realmente somos.

¡Me resisto a olvidar!

Batalla posiblemente perdida por pura ley de vida, de tal manera es seguro que con el paso del tiempo olvide y como resultado recuerde las anécdotas las de siempre las tradicionales, esas que has contado cien veces y que cada vez que la repites parece como si fuera la primera que lo haces y es cierto puesto que posiblemente sea la primera vez que se la narras a una persona o grupo distinto de personas, por lo tanto no cambia la anécdota cambia el interlocutor a quién se la cuentas.

¡Recuerdos, recuerdos y más recuerdos!

En esta situación nada ni nadie, puede evitar que me lance a tumba abierta sobre el proyecto del corto relato que inicio, incluso ni yo mismo puedo parar ese descenso vertiginoso hacia el abismo de mis recuerdos, todo intento por evitarlo resulta inútil por lo que al final parece evidente que si quiero calmar mi sobredosis de nostalgia y mis ansias de recuerdos, obligatoriamente debo ponerme manos a la obra, el objetivo es simple, intentar llegar al lugar donde pueda encontrar la tranquilizadora situación que bajo el estado de fuerte resaca del recuerdo calme mis inquietudes en alguna medida.

Dicho y hecho, manos al relato estoy convencido que este ejercicio me trasladará en el vehículo de mi memoria e imaginación desde los días actuales y tardes frías del invierno del norte a los numerosos y ya pasados días nublados, jubilosos unos y desdichados otros, de mi infancia en la Galicia abierta o profunda.

Las razones por las que alguien llega a un internado son diversas siendo el interno o interna al que le toca vivir en directo las circunstancias del mismo, pero es de justicia no olvidar que un gran colectivo de personas que bajo el título de familiares mas cercanos, también han tenido que soportar de forma indirecta en un principio la distancia o alejamiento del ser querido y posteriormente disfrutar o lamentarse de las consecuencias que generaron los internados, a ellos también va dirigido este sencillo relato.

En nuestra generación la de los años 40, era casi una norma o al menos se estilaba mucho los internados, como centros “educativos” de élite dado que disfrutaban de una afamada leyenda blanca de recogimiento,

disciplina, educación, de hombres y mujeres de provecho, por el contrario la otra leyenda la de color negro de secuestro, castigo, hambre y soledad también se estilaba con la diferencia que la segunda prevalecía sobre la primera, como no podía ser menos en los años de internado también disfruté en calidad de interno de varios de ellos, si así es como lo has leído “disfrutar” del CHOE, iniciales que en aquellos tiempos de infancia y juventud eran el sinónimo de los Colegios de Huérfanos de Oficiales del Ejército, en ellos y dentro de ellos pasé diez años desde 1957 hasta 1967 siendo todos entrañables y recordados pero especialmente los cuatro primeros que transcurrieron en Padrón.

Interno e internado dos palabras duras en apariencia que nos acompañaran durante el relato y que según el diccionario de la lengua española se puede definir la primera como “Alumno que come y duerme en el colegio” y la segunda como “Conjunto de alumnos y lugar donde habitan”.

¡Qué sencillas y escuetas definiciones!

¡Qué complejas y extensas experiencias de vida!

Al ejercitar el recuerdo, fue como entrar en una habitación y abrir la ventana que durante mucho tiempo ha permanecido cerrada manteniendo a esta en absoluta oscuridad, de tal manera que al abrirla y asomarte a la misma tienes la oportunidad de volver al pasado, eso sí un pasado ya muy lejano que desde aquella ventana hoy puedes contemplar como curioso y asombrado espectador, las incidencias de una parte de mi vida y a una muy temprana edad.

Etapas de mi vida pero especialmente de mi infancia donde se dieron y vivieron todo tipo de circunstancias

sociales, personales, afectivas, emocionales etc. Que compartí con un centenar y medio de hermanos o gemelos unidos por el cordón umbilical de la orfandad, bueno centenar y medio más dos porque en todo momento Dios y el Diablo estaban presentes en el discurrir de la vida en el colegio, todos pelados de igual forma casi al cero, con las orejas tiesas, uniformados con aquella ropa rígida y sufrida de color gris que en términos coloquiales le apodamos “el trapillo”, con el número asignado a cada interno fijamente marcado sobre las ropas y todas nuestras pertenencias el cual prevalecía absolutamente sobre el nombre de pila, los apellidos e incluso sobre el apodo o mote de cada uno de los internos.

La historia comienza poco tiempo después de que nuestro padre nos dejara, pasado pero no olvidado el trágico momento allí nos encontramos, en la sala de espera de una estación de autobuses de un aeropuerto, en el andén de cualquier estación, nosotros/as tristes, inquietos y resignados próximos y aferrados a esa pequeña maleta de color marrón donde la madre con cariño ha colocado de forma ordenada nuestras escasas pertenencias, quietos en silencio a nuestro lado la llorosa madre que entre sollozo y sollozo no para de darnos ánimos:

No te preocupes hijo/a es por tu bien, tú padre en vida se preocupó para que el día de mañana no te faltara nada y para que a su vez seas una persona de provecho, es un colegio muy bueno, tendrás muchos amigos/as, te lo vas a pasar muy bien, por Navidad volverás a casa, etc. etc. etc.

Todo sucedió muy rápido ahora ya estamos frente al imponente edificio del colegio delante de su puerta principal, nos recibe la monja ataviada con su hábito

azul y su corneta blanca, sonrisa y primeras palabras de afecto y ánimo, subimos las brillantes escaleras del hall de entrada y pisamos por primera vez la cuidada madera del suelo que cubre la totalidad del pasillo principal y sobre el cual suenan fuertes que no decididas nuestras primeras pisadas o pasos en el colegio.

Se oyen voces al fondo, al girar a la derecha nos encontramos con un grupo de alumnos, los más madrugadores los primeros en llegar al colegio vestido ya con el trapillo y en animada conversación bueno más que animada alborotada conversación.

Comienzan las preguntas de rigor, los primeros escauceos de amistad parece que la tristeza tiene prisa por dejarnos, luego la rutina el dejar la ropa de casa y el solemne acto de asignarte el número en aquella ropería regida por la señorita, mujer de pelo albino, escasa vista y voz cascada de genio insoportable y vestida siempre de riguroso luto, patriota incansable y ferviente enamorada del himno de Zaragoza el cual algún especializado alumno en el arte de la armónica tuvo que repetir una y otra vez para ganarse las gracia o el premio de un caramelo. Según se contaba, hermana de un alto cargo militar que en el ánimo de no soportarla más también la metió interna.

—¡Para tí el nueve!— gritó la Señorita entregándote a su vez el lote de ropa del colegio.

El nueve antes Antonio, todavía algo triste entrega la ropa de casa, ropa que allá por el mes de junio que será cuando finalice el curso se la devolverán para de nuevo volver a vestirse de calle pero con un fuerte olor a alcanfor y algo más estrechas.

El recuerdo se centra principalmente en este caso en

los compañeros, andaluces, castellanos, gallegos, catalanes, vascos, valencianos etc. Una verdadera pero reducida torre de babel, se estilaban los matones, los chupabotes, el deportista, el listo, el menos listo el pillo y el travieso, los recuerdo a todos antes de entrar en clase alineados en el reducido patio del internado sobre un suelo cubierto por una capa de tierra marrón en unos lados y de cemento en otros, colocados en apretadas filas por orden de altura los bajos delante los altos detrás, el brazo extendido y apoyado sobre el hombro del compañero que teníamos delante, eso sí las manos fuera de los bolsillos.

También recuerdo a “Os rapaces do convento” cogidos de la mano en apretada filas de dos, caminando en animadas y disputadas conversaciones por el borde de la carretera que unía Padrón con la Coruña, no había arcenes ni quita miedos o quita vidas, también es verdad que tampoco muchos coches, de esta forma y bajo una pertinaz lluvia se continuaba el largo paseo expuestos a que algún que otro coche que pasara cerca salpicara de agua a la larga fila de internos, bajo el regocijo de estos y el oportuno enfado de la monja de turno lamentándose esta, que si se repite el hecho cosa por otra parte muy probable las estrenadas gabardinas iban a terminar sucias a rabiarse, en cualquier caso tanto riesgo y largo paseo merecía la pena dado que el motivo del mismo en esa lluviosa tarde era llegar hasta Iria Flavia la cuna de Camilo José Cela, una vez llegados a esta escondida aldea gallega lograr un mayor grado de santidad al rezar el santo rosario en su venerada y vetusta iglesia.

Donde además se daba una propina de santidad sobre aquella amarillenta lápida ubicada en el exterior de la iglesia cuyo epitafio amenazador nos exigía una

corta y rápida oración “Detente caminante reza una oración por mí quizás el día de mañana Tú te encuentres aquí”.

Recuerdo a todos “de paseo” visitando los domingos y días de fiesta, diferentes lugares de elevado interés “turístico” el campo la torre donde por el camino se giraba visita, a aquél al enfermo que guardaba cama y que solo podía beber mediante una pajita postrado en su humilde cama y bajo la atenta y compasiva mirada de los internos a los que pesar de su estado todavía tenía ganas de sonreír.

La campa de Santiaguíño do monte en cuya reducida explanada se encontraba un monumento de Santiago al que posiblemente los niños, huérfanos, internos y pínfanos hemos abrazado más que al titular de Santiago de Compostela y con el que nos hicimos generación tras generación la tradicional foto de grupo.

También recuerdo las procesiones vestidos con la ropa de gala marinera azul oscuro o más tarde con camisa blanca, corbata a cuadros con el nudo estándar, jersey verde sobre cuyo pecho lucíamos orgullosos la antes insignia y ahora pin de los cruzados de Cristo Rey, distribuidos en dos largas filas al lado del santo o santa de turno, cantando sin parar y dirigiendo miradas de complicidad a esas niñas del pueblo que con velo sobre sus jóvenes cabezas rezaban y cantaban al unísono con el resto de los devotos asistentes a la procesión, conocidas por la picuda, la morena entre otras y que año tras año eran las supuestas “novias” de los más mayores del colegio.

No olvido la foto del curso, sentados enfrente de una

mesa de estudio, con su santo y los libros sobre la misma que ubicada en un rincón del pasillo del comedor servía de escenario para la tradicional foto de todos los internos.

Los recuerdo en clase, todos callados “pizarrín en mano” y centrados en aquellas reducidas pizarras negras, intentando solucionar el ejercicio o quebrado de quebrado correspondiente, bajo un silencio absoluto en ocasiones casi aterrador, roto de vez en cuando por un grito de la monja o el lamento de un interno castigado, silencio que se rompía en pedazos cuando sonaba la campana con el toque del “angelus” indicando el final de la clase.

Como resultado del esfuerzo realizado las notas y el comportamiento, aparecían el fajín para el primero de la clase y las medallas de orden, aplicación y buena conducta que los agraciados lucían sobre su pecho durante un mes.

Los exámenes en el Instituto de Pontevedra, los monos y loros del parque, las comidas a las orillas del río Lérez preparando la estrategia del examen de religión o gimnasia, repitiendo hasta la saciedad los libros del antiguo testamento, mientras degustábamos los exquisitos bocadillos de tortilla o salchichón.

Recuerdo a todos correteando en el patio durante los recreos, o jugando los disputados partidos de fútbol, las peleas de siempre, jugando a las bolas de las que tenían un valor incalculable las de cristal, las clases de gimnasia en el patio a primera hora de la mañana, las fechas de navidad los villancicos, el belén, los ejercicios espirituales, la novena de la Virgen milagrosa y las medallas de aluminio ovaladas que la

mayoría colgábamos del cuello, la visita de los militares con sus generosos regalos, el coro, las excursiones a la playa, la caza y captura de grillos etc.

No olvido el comedor y las comidas los desayunos adornados con unas galletas que provenían del paquete que nos enviaban desde casa, recuerdo las peripecias para evitar comer aquello que no nos gustaba o las simulaciones para evitar ser insuflados por la dosis de aceite de ricino.

La hora del sueño transcurrían en aquel enorme dormitorio utilizado también para las competiciones de canto de los grillos, las novatadas y la proyección de las películas del gordo y el flaco vista una y mil veces bajo la siempre real amenaza de que saltara la imagen y el follón estaba garantizado.

Momentos que ubicados en aquellos ya lejanos años y circunstancias, en la mayoría de las ocasiones para nosotros los internos, los huérfanos, los pínfanos o los “rapaces do convento” como se nos conocía en el entorno del centro escolar colegio o internado, no tenían nada de anécdota si no todo lo contrario y aún así, no siendo casos o cuestiones de vida o muerte para nosotros los internos en general no dejaban de ser de relevada y vital importancia.

Recuerdos, recuerdos...

Importante era el grupito de monjas la comunidad, nuestras educadoras y benefactoras hermanas de la Caridad de la Orden de San Vicente de Paúl hoy merecedoras propietarias del premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Sor Luisa, la del coro y capilla, Sor Concepción, Sor Rosario la enfermera, Sor María, Sor Pilar, Sor María Isabel “la coco” del colegio y por supuesto la Madre Superiora, una verdadera autoridad

dentro del internado, algo así como un pequeño Papa, pero en versión femenina, alrededor de esta se aglutinaba el resto de las Hermanas, todas y cada una de ellas con sus funciones y trabajos muy definidos.

Vestidas con su indumentaria tradicional, tocadas con una especie de gorro que recibe el nombre de corneta formada de tela blanca, rígidamente almidonada extendida como las alas de una paloma blanca y rematada por una especie de tela que les envuelve la cara a modo de antiguo remedio contra el dolor de muelas, esta tela adicional les aprieta la cara y por muy delgadas que sean la presión ejercida sobre el rostro les origina una faz regordeta y congestionada, vestidas con el hábito azul de la orden y de cuya cintura colgaba el rosario rematado por una cruz de madera y el correspondiente silbato para indicar que se acabó el recreo.

De tal guisa y atuendo se paseaban con un aire ceremonioso por el reducido patio o permanecían cual estatua de sal, entre esa pléyade de inquietos y movidos chavales, antes llamados “rabos de lagartija” revoltosos, inquietos, coñazos hoy “niños hiperactivos” y necesitados como no podía ser menos de algún que otro tipo de tratamientos psicológico, antes se calmaban con castigos más o menos duros y hoy con jarabes, terapias, técnicas educativas dirigidas a los padres.

Las auxiliares ¿Quién no recuerda a Maruxa la topa? o a María “Parecéis lagartos saliendo do huracon” o a la cantante Rosalía que desde la ventana que daba al patio nos cantaba aquello de: ¡Canastos! ¿Qué me responde Vd.?, mientras aplastaba sus generosos pechos contra el borde de la ventana.

Todo son recuerdos, todo es nostalgia y pasado, pero afortunadamente también hay presente y a todos/as hoy nos asalta la curiosidad y la duda por conocer ¿Qué fue de ellos y ellas? ¿Cómo les habrá tratado la vida? ¿Dónde estarán? ¿Qué imagen tendrán?, etc.

También surge la incertidumbre, si me pongo en contacto con ellos o ellas me recibirán o los recibiré con el mismo entusiasmo que nos llevó a ser amigos/as y compañeros/as, incluso dudo si se acordarán de mí y yo de ellos o ellas, esta mantenida y permanente duda puede o no continuar en la medida que aproveches la oportunidad que nos ha brindado la Asociación al ofrecernos la puerta del reencuentro.

¡Ahí está!

Que se mantenga abierta o cerrada la oportunidad del reencuentro depende de nosotros.

Es bueno que el recuerdo del pasado nos ayude a retomar y continuar con la amistad en el presente, en esta sociedad donde cada vez se hacen más difíciles valores tan entrañables como la amistad, el compañerismo, la solidaridad y muy especialmente el recuerdo si a través de este se nos abre la posibilidad del casi inesperado reencuentro.

¡Merece la pena intentarlo!

He finalizado algunas gestiones y un poco cansado camino por una de las calles de la ciudad, ha sido un día caluroso y cargado de espeso trabajo, antes de volver a casa decido tomar un refrigerio para lo que me dirijo a un bar cercano en busca del merecido descanso.

Entro en el local, el bar está casi vacío pero dispone de un agradable aire acondicionado, razón por la cual decido sentarme en una mesa próxima a un gran

ventanal desde donde se puede ver el transcurrir de la gente que tan acalorados como yo caminan con paso ligero buscando la reconfortante sombra.

Próximo a la mesa me desprendo del maletín de trabajo que deposito en el asiento vacío que tengo en frente y me dirijo a la barra para solicitar la bebida que alivie mi sed y calme mi cansancio, con el vaso en la mano vuelvo al sitio y me siento sin pensar en nada importante, miro hacia la calle y en ese momento observo el paso de un grupo de niños que en fila de a dos y muy vigilados desde atrás por la profesora cruzan un paso peatones, no paran de correr, hablar y de llamarse unos a otros en voz alta en alguna medida el paso de esta chavalería alegra la calle.

Al verles algo pasó por mi mente, algún recuerdo, la nostalgia del pasado o pudo ser por que la escena se me hacía muy familiar, sin ningún motivo aparente y casi de forma instintiva saqué la cartera donde tenía anotado desde hace algún tiempo el teléfono de un compañero y amigo de colegio que hace la friolera de cuarenta años que no sé nada de él.

De forma decidida recojo el móvil depositado sobre la mesa y marco ávido de noticias el citado teléfono,

¿Qué pasará? ¿Me recordará? ¿Será frío y descorazonador el reencuentro?

¿Serán los mismos sentimientos de amistad, algo oxidados?

A pesar de las dudas, marco el número y...

Un tono, dos tonos, tres tonos... alguien contesta al otro lado.

—¿Dígame?...

No sabía como empezar ni qué decir, me entraron

hasta ganas de colgar pero....

Al final me decido y pregunto: ¿Esta Ramón?

Y desde el otro lado del teléfono me contestan.

—Si, soy yo Ramón.

—Insisto para obtener evidencias— ¿Ramón, el ciento cuatro?

—Si, si, Ramón el ciento cuatro de Padrón, contesta con un tono de cierta curiosidad.

—Pero tú ¿quién eres?— me pregunta un tanto sorprendido y añade no reconozco tú voz

—Soy Antonio, el nueve de Padrón.

—¡Joder que sorpresa Antonio!, a continuación cita mis dos apellidos y yo le respondo con los dos suyos.

—¿Qué es de tú vida, pínfano?

—Bien, muy bien le respondo.

—Y ¿cómo te ha tratado a ti?, le pregunto, bien gracias a Dios me responde, continuamos la conversación entre citas, risas y recuerdos y quedamos emplazados para vernos, lo que en un principio parecía casi imposible, lo que desde aquella ventana a modo de recuerdo estaba contemplando se cierra provisionalmente y por el contrario se abre la puerta del presente la del reencuentro presencial.

¡Mereció la pena!

Desde hoy en nuestro fuero interno algo ha cambiado, aunque de forma frágil hemos recuperado parte de nuestro pasado o lo que es lo mismo una parte de nosotros que se ha mantenido dormida durante muchos años y una simple llamada ha sido suficiente.

A todos/as gracias por la generosidad de hacer posible el reencuentro especialmente a la Asociación y

particularmente a los pínfanos/as que creyendo en la recuperación del pasado y en la realidad del presente y futuro todavía por disfrutar nos habéis ofrecido la importante posibilidad del siempre soñado reencuentro.

¡Gracias!

EL MAR

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

La primavera estaba a punto de terminar y los días, además de irse haciendo más largos, comenzaban a ser calurosos. Era sábado y tenía toda la mañana para él solo. Su mujer y su hija, se iban de compras y el hijo tenía partido de baloncesto. No jugaba mal el chaval, claro que, pensaba Mundi, con los medios que tenían ahora, así cualquiera. Polideportivos cubiertos, balones de caucho, botas con mil sistemas de amortiguación del salto, tableros de fibra, aros que permitían machacar sin dejarte las muñecas porque cedían, masajistas, fisioterapeutas... Le hubiera gustado verle jugar en las condiciones que jugaban los divinos que conoció en su paso por los colegios. Campos de tierra, donde era casi imposible que el balón botara de forma controlada, tableros de madera que, poco a poco, se iban cuarteando, aros inclinados o temblones de puro hierro y sin redes la mayoría de las veces, duchas con agua fría, balones que, al principio, eran de cuero aunque luego ya llegaron los otros... En fin, que cada vez les daba más mérito a sus compañeros de aquellos años, que se pegaban las grandes sudadas, embutidos en sus trapillos, si querían aprovechar la hora del recreo para jugar unas canastas .

Decidió ir a darse un paseo por las afueras. Lo bueno de la ciudad en la que vivía es que, salieras por donde salieras, los munícipes lo habían organizado de tal manera que siempre encontrabas unas zonas verdes entre árboles y césped ;habían echado el resto, sobre todo, en la parte que más le gustaba a Mundi, la zona próxima al gran río. Las riberas habían sido rehabilitadas y un manto de verde césped, cortado por caminos perfectamente acondicionados, permitía darse unos largos paseos disfrutando del contacto con la naturaleza.

A Mundi, le gustaba más la ribera que quedaba al otro lado de la ciudad, porque, la ciudad, se apoyaba, por el norte, sobre el río, pero era remisa a traspasarlo y sólo, algunas instalaciones deportivas, unas bodegas de renombre, un grupo pequeño de casas, el cementerio y un polígono industrial, estaban al otro lado. Bien es verdad que, a escasamente un kilómetro del río, llegaban los límites de otras dos provincias. Pero esa no era la razón, daba igual, algo hacía que sus convecinos hubieran vivido durante muchos años de espaldas al río y sólo en verano, cuando antes se podía bañar en él o cuando había alguna crecida, se acordaban de que existía.

En el buen tiempo, se animaban un poco más ya que, con el estiaje, se formaba una pequeña playa de canto rodado, que el ayuntamiento completaba con arena .Un embarcadero donde alquilaban barcas de dos remos, un par de merenderos y una gran chopera con mesas y bancos para poder comer, completaban la oferta. Pero, sobre todo, los habitantes de su ciudad, recordaban la existencia del río cuando tenían que atravesarlo para enterrar a un ser querido. A lo mejor, esa era la razón por la que, hasta hacía poco, el otro

lado del río fuera un lugar que estaba allí y nada más.

Después, vino el desarrollo, el río comenzó a contaminarse y pocos eran los que se bañaban en él; el acondicionamiento de las riberas y sobre todo, la construcción de una gran instalación deportiva con piscinas de invierno y de verano, es lo que hizo que la gente se fuera animando a pasar el río. La verdad es que no sería por falta de medios, ya que cuatro puentes y una pasarela peatonal ponían en contacto las dos orillas.

—Buenos días D. Segismundo, ¿lo de siempre?

—Si, Antón, buenos días. Menudo tiempo tan estu-pendo que hace.

Antón, el quiosquero, llevaba vendiéndole los periódicos desde que montó su chiringuito. Sabía que los sábados y los domingos, Mundi, se llevaba dos periódicos, uno local y otro de ámbito nacional. El resto de los días de la semana, con el local era suficiente. Su mujer se encargaba de las revistas del corazón.

—Y que lo diga.— respondió el quiosquero, mientras le alcanzaba los periódicos de entre los que tenía apartados para la clientela fija —A este paso, en verano, nos achicharraremos.

Mundi pagó y antes de que Antón empezara a hacerse conjeturas sobre cómo quedaría el Madrid ese sábado, hizo mutis por el foro, aprovechando que llegaba otro cliente.

Caminó despacio y poco a poco, se fue alejando del bullicio de una ciudad en sábado por la mañana. Por unas callejuelas del casco histórico, fue llegando a la zona donde se encontraba unos de los puentes. Pasó junto al antiguo Hospital Provincial y al llegar a sus

traseras no pudo menos de acordarse cuando, de pequeño, en verano, con la cuadrilla del barrio, se acercaban a esa zona para, a través de una verja que circundaba el hospital, tratar de ver algo en el “cuarto de las patatas”. Ese “cuarto” que llamaban ellos, era una sala pequeña de autopsias, en semisótano, destartalada y vieja, donde el forense de turno cumplía con su obligación. Como la sala carecía de ventilación adecuada, había veces, sobre todo en verano, que el galeno abría la puerta para que entrara el aire y al estar tan cerca de la verja, ellos, los mirones, podían adivinar algo de lo que allí se hacía, aunque ver, lo que se dice ver, poco veían.

El puente no estaba muy transitado. Le llamaban el de “piedra” porque estaba hecho de ese material y era de siete ojos. Data de mil ochocientos y pico. A ambos lados disponía de unas estrechas aceras para peatones y por el centro, discurría la calzada de dos direcciones para vehículos. Era el más antiguo de todos, posteriormente se hizo otro, el de “hierro”, todo de estructura metálica, de cuatro ojos. Así estuvo la ciudad, con esos dos puentes, durante muchísimos años, hasta que la modernidad trajo dos puentes más de hormigón, de un sólo ojo y la pasarela peatonal.

Algunas personas en chándal, lo atravesaban caminando con paso rápido haciendo un ejercicio que, reconocía Mundi, era conveniente, pero, él, no tenía fuerza de voluntad para ponerse a la tarea. El río bajaba con bastante caudal ya que se estaban produciendo los deshielos. El tráfico de vehículos por el puente no era muy grande, “domingueros”, pensaba Mundi, que se van a pasar el día fuera. Dos mujeres, “una madre y una hija”, se imaginó, le adelantaron. La

madre llevaba un ramo de flores. “Al cementerio, seguro, van al cementerio“, dijo para sus adentros.

A la mitad del puente se detuvo y se apoyó en la barandilla. Aguas abajo, el río circunscribía a un islote lleno de vegetación, donde el Ayuntamiento había instalado unos altos postes, en cuyo final, había unos incipientes nidos para que las cigüeñas se animaran a anidar, descargando, de esa forma, a los tejados y campanarios de las iglesias cercanas, del peso de los imponentes nidos que éstas fabrican. La cosa no había ido mal, ya que varias familias de zancudas, anidaban en ellos.

Al final del puente, todavía se conservaba la caseta que antaño había sido el fielato, hoy, trasformada en lugar de contacto e información a los peregrinos que hacían el Camino, porque, la ciudad, era un punto importante del Camino de Santiago. La rebasó, giró a la derecha y se encontró con unas escalinatas por las que bajó al paseo de la ribera. Caminó despacio, mientras escuchaba el croreo de las cigüeñas. Pasó junto a uno de los bancos y decidió sentarse en él. Estaría a unos diez metros del río, a la sombra de unos chopos.

La panorámica no era mala, ni mucho menos. Al fondo, la parte antigua de la ciudad se reflejaba en el río. Tres torres de iglesias, se perfilaban por encima de los tejados, cada cual de un estilo diferente. A la derecha, el puente que acababa de atravesar y limitaba la panorámica por ese lado, hacía un duplicado inverso sobre el espejo de las aguas, dando la sensación de que sus ojos eran grandes círculos. Se oía perfectamente el sonido del agua cuando rompía contra los pilares del puente.

Mundi se encontró a gusto. Abrió el periódico. ¿Por qué empezaba siempre los periódicos por la contraportada? Un sonido rítmico le llamó la atención y levantó la vista. Por el centro del río y a contracorriente, una canoa con dos remeros remontaba el río. El ruido lo producían los remos al penetrar en el agua de forma sincronizada. ¡Plasch!, iplasch!, iplasch!...

¡Plasch!, iplasch!, iplasch!...

—¡Agárrate, Beni!

—¡Joer! ¿qué te crees que estoy haciendo?— dijo su amigo con un hilo de voz, para que los otros no le tacharan de cobarde.

Ese verano habían decidido que irían los dos al castillo de Santa Cruz.

CAPÍTULO II

El viaje había sido largo, muy largo, pero como iban todos juntos desde Madrid no se lo pasaron mal. Cantaron mil y una canciones. Cuando llegaban a las estaciones donde el tren paraba, dando la sensación de que se iban a quedar allí para siempre, se asomaban a las ventanillas y eran el foco de atención de los que se encontraban en los andenes, sobre todo, del personal femenino de su edad. Los inspectores que viajaban con ellos se encargaban de mantener el orden, aunque a duras penas. A muchos de ellos, la mayoría, una idea les iba ocupando sus pensamientos: pronto verían el mar por primera vez. Esto les creaba un hormigueo que les recorría el cuerpo, más intenso, conforme menos tiempo quedaba para llegar.

Al final llegaron y cuando lo hicieron, ya era de noche. Unos camiones ¿o fueron autobuses? de Capitania les llevaron hasta Santa Cruz. La noche estaba oscura y una especie de neblina no les permitía ver más allá de unos metros del muelle y lo que se veía era una masa de agua grisácea, que se movía de forma amenazadora ya que, la marea, estaba alta y las olas batían fuerte.

Mundi y Beni se quedaron quietos tratando de asimilar un entorno desconocido para ellos: el castillo perfilándose al frente, rodeado por el agua, el ir y venir de las olas con su sonido monocorde y sobre todo, el olor a salitre. Al fondo, a un costado, como referencia, las luces de La Coruña.

—Que poco somos Beni— dijo Mundi.

—Y que lo digas— contestó el otro.

—No sé si me atreveré a meterme ahí.

—Yo tampoco, esto no es la piscina del colegio.

Alguien les interrumpió:

—¡A la barca!— dijo.

La barca estaba allí, grande, de ocho remos, con capacidad para 15 o 20, esperándoles para pasarlos al castillo y la frase provenía del barquero, un tipo agradable y corpulento, que dominaba el timón de una manera que a Mundi le maravilló.

La barca era el medio de comunicación entre el castillo y la orilla cuando subía la marea.

A Mundi le dio al principio cierto reparo ya que era la primera vez que se subía a una barca y además en el mar. Ocho de los mayores, veteranos en esas lides, se hicieron cargo de los remos. El barquero organizaba el embarque. Al irse cargando la barca, el mar daba la

sensación de que se quería meter dentro y Mundi no pudo menos que agarrarse fuerte a la tabla que hacia de banco. Beni, era otra cosa, su miedo tenía como expresión la palidez de su cara y los nudillos de las manos blancos de tanto agarrarse. No decía nada, con la mirada fija en el castillo, daba la sensación como si quisiera, con la fuerza de la mente, acercarlo lo suficiente, como para que el viaje fuera lo más corto posible.

Aquello empezó a moverse y la quilla de la barca rompía la masa de agua con un chapoteo que golpeaba el casco y de paso, les lanzaba algunas gotas de espuma con sabor a sal.

Plasch, plasch..., el barquero, al timón, daba instrucciones. Los remos entraban en el agua con un ritmo pausado, pero regular. Parecía como si la parte sumergida del remo se doblara dentro del agua. Beni, seguía mirando fijamente al castillo y le daba la sensación de que aquello no avanzaba nada. Mundi, se conformaba con mirar el agua viendo que llegaba hasta un palmo o palmo y medio de la parte superior del casco. Conforme iban llegando al castillo, el sonido del mar se iba haciendo más fuerte a causa del romper de las olas contra las rocas del islote. Eran escasos trescientos metros, pero les dio la sensación de que era toda una travesía.

Por fin llegaron y a través de las escaleras del pequeño muelle subieron a tierra firme. A Mundi de esa noche se le quedaron grabadas unas cuantas cosas: El ruido de las olas, hasta entonces para él desconocido, la humedad de las sábanas cuando se metió en la cama, ya que al haber estado cerrado durante todo el año, falto de ventilación, el propio edificio, había absorbido toda la del ambiente y sobre todo, la sensación de

impotencia ante la presencia de la fuerza de la naturaleza, que le hizo estarse toda la noche en una casi continua vigilia, incapaz de descabezar un sueño, tratando de adivinar el momento en que las olas daban el golpe a las rocas. Sólo allá, en los albores del nuevo día, se quedó transpuesto y cuando se despertó sintió que algo le faltaba y echaba de menos. El ruido amenazador de las olas había desaparecido y a través de las ventanas enrejadas, pudo ver un mar verdoso y tranquilo pero, sobre todo, un mar inmenso.

Los acontecimientos se sucedían de forma precipitada. No les dio tiempo a recuperarse de la impresión del viaje y al día siguiente, ya estaban metidos en otra aventura que les hacía tragar con dificultad la poca saliva que generaban: el baño.

En realidad la razón de ser de esas colonias de verano, que se organizaban en el castillo, era eso precisamente, que la pinfanada pudiera pasar un verano feliz, disfrutando de cosas que, de otra manera, les serían inalcanzables, entre otras, conocer el mar, para muchos, la mayoría, totalmente desconocido. Por eso, la vida, durante el tiempo que estaban allí, giraba en torno al baño. Hiciera nublado o sol, el baño no se perdonaba y eso que imira que estaba fría el agua!

La cosa estaba bien organizada, los mayores se ponían en círculo en el agua y los que no sabían nadar “se lanzaban” al líquido elemento y entre el sentido de supervivencia, un poco de ayuda y unos cuantos lavados de estómago con los tragos de agua salada, terminaban saliendo a flote; luego era cuestión de imitar el estilo de los perros al nadar y después, el perfeccionar el mismo, era cosa de trabajo personal.

La cosa vista así parecía un poco complicada pero

asumible, no así para Beni. Durante los dos o tres primeros días practicó el escaqueo, arte aprendido a lo largo de sus muchos años de pinfanato a pesar de su edad. Mundi se lo explicó, le dijo que él tranquilo, que en el mar, según decía su antiguo compañero Jorge, que de eso sabía mucho, se flotaba muy bien por lo de la sal y que a malas, a malas, siempre estaban los mayores para echarle una mano.

Beni escuchaba con atención lo que le decía Mundi, incluso asentía con la cabeza, pero, al día siguiente, con su traje de baño puesto, seguía escaqueándose. Hasta que le pillaron, en la zona de los cañaverales, un par de veteranos y ahí se terminó su escapatoria.

Lo llevaron donde estaba el círculo hecho y a pesar de que él estaba recitando de memoria la historia que se había preparado, de un dolor de tripas imaginario, no le dieron tiempo a terminarla y alguien le dijo: ¡al agua!

CAPÍTULO III

Ni por favor ni nada, sencillamente le empujó desde las escalinatas del muelle. A Beni no le dio tiempo ni de taparse la nariz, cayó como un fardo con los ojos cerrados y al entrar al agua una sensación de frío horroroso le invadió todo el cuerpo. Sin hacer nada, salió a la superficie y cuando, en una fracción de segundo, empezaba a pensar que aquello era jauja y que Jorge tenía razón en lo del flotar, se hundió. Empezó a patallar, no veía nada, el agua le picaba en los ojos y el poco aire que llevaba en los pulmones, se le terminaba, braceó con fuerza y consiguió volver salir a la superficie, pero como le faltaba aire, abrió la

boca y ahí es donde pegó su primer trago de agua marina, que le hizo toser y de paso, volver a sumergirse. Unas manos tiraron de él para arriba, un arriba relativo, pues apenas cubría un par de metros, pero a él le pareció que había estado en una sima interminable. La secuencia había durado unos segundos pero tuvo la sensación de que había sido mucho, mucho tiempo. Cuando en la orilla recuperó el aliento y recompuso la figura, junto a él estaba su amigo Mundi que había presenciado la escena.

—Ya has pasado lo peor. Verás como, poco apoco, vas dominando la cosa. Trata de empezar desde la orilla apoyándote las manos en el fondo y verás como el cuerpo flota, cuando las manos ya no lleguen al fondo, haz con los brazos como hacen los perros cuando nadan y sin darte cuenta irás manteniéndote a flote.

Así es como había aprendido a nadar Mundi, pero en río.

Beni, mientras se sonaba la nariz con los dedos tratando de sacarse la sal que creía tener dentro, le dijo:

—Cuando yo estaba en el agua, ¿has notado que el mar bajaba de nivel? Te lo digo, porque creo que me he bebido medio océano.

Beni progresaba con lentitud y cuando vio que se mantenía a flote, fue cogiendo más confianza, lo que supuso que alguna vez bajara la guardia, cosa que traía consigo el correspondiente trago de agua. Decidió que lo suyo era la braza y así él y Mundi, empezaron a dominar la técnica, hasta el punto de que, los días que subía la marea, llegaban perfectamente desde el Castillo hasta la playa nadando.

Plasch, plasch...,

Mundi miró al río y vio que los remeros volvían a pasar, esta vez en dirección contraria, lo que suponía menos esfuerzo por ir a favor de corriente.

Tres mozalbetes, provistos de una pequeña caña de pescar y un cubo, pasaron delante suyo y unos cuantos metros más allá, se acercaron a la orilla. El del cubo sacó cebo, ¿lombrices?, que colocó en el anzuelo, el de la caña lanzó el sedal con el anzuelo al agua y los tres se sentaron tranquilamente esperando que algo picase.

—¡Mete la mano!— dijo Mundi.

—¡Una leche!—le contestó Beni— Lo mismo te crees que quiero quedarme sin brazo.

Otro de los entretenimientos del tiempo que pasaban en el castillo era la pesca, pulpos, navajas, percebes, almejas, peces, de todo había en las inmediaciones del castillo, sobre todo, cuando bajaba la marea. Ellos estaban tratando de coger un pulpo que estaba en una oquedad de las rocas. Le habían visto al barquero que metía el brazo en los agujeros rocosos y cuando el pulpo se enganchaba al brazo tiraba de él. Claro que eso lo hacía el barquero que tenía el brazo como un poste de telégrafos, pero lo de ellos era otra cosa. Decidieron fabricarse un artilugio a guisa de garfio. Uno, metía primero un palo y cuando el pulpo enroscaba el palo, el otro, con el garfio, enganchaba al pulpo y así lo sacaban.

La pesca era otra historia. En una de las zonas del islote del castillo había un cañaveral, cuando quedaban pocos días para terminar las vacaciones, los aficionados a la pesca cortaban unas cuantas cañas que se quedaban allí durante todo el año hasta el siguiente verano. Ellos o los que fueran en su lugar, siempre tenían una cañas secas dispuestas para ser

empleadas.

El cebo se conseguía en el pueblo y más en concreto, en la fábrica de conservas que, por un par de pesetas, les daban sardinas de deshecho con las que cebaban la zona donde pescaban.

Entre una cosa y otra conseguían, más de una tarde, pegarse una buena merendola, de lo más variada, contando con la complicidad de los que llevaban la cocina a cambio de participar en el festín.

Así transcurrían los días, disfrutando como locos con un montón de experiencias nuevas y para ellos impensables. Por las tardes salían al pueblo y de paso, aprovechaban entre otras cosas para arramplar una cuantas manzanas de los huertos cercanos, sobre todo, de uno que había en la carretera que iba hacia Meirás. Esto hacía que en más de una ocasión tuvieran que salir corriendo con algún perro detrás.

La relación con los vecinos del pueblo no era mala, todo lo contrario, pero quieras o no alguna vez surgía un chispazo que la rompía. Una de las veces fueron ellos, precisamente ellos, el detonante.

Una tarde, recordaba Mundi, como Beni y él estaban merodeando por la entrada del baile del pueblo, un salón que en invierno se usaba como cine; un grupo de chicos del pueblo se dirigían hacia el local acompañados por dos o tres chicas. Una de ellas, al pasar junto a la pareja le lanzó una mirada a Beni que éste interpretó como un: Eres el chico de mi vida.

Así que Beni, ni corto ni perezoso, se fue hacia el grupo y sin más preámbulos, dirigiéndose a ella, le dijo: “Hola, me llamo Beni, ¿vienes conmigo a dar una vuelta?”. Uno de los del grupo, el que parecía el líder, le miró de arriba abajo y le espetó: “Y a ti, ¿quién te ha

dado vela en este entierro?”.

Beni seguía mirando a la chica y sin mirarle al otro le dijo: ”Tu padre, que las está vendiendo en aquella esquina”.

La contestación les debió hacer mucha gracia a las niñas del grupo porque rompieron a reír, lo que enfureció al aludido que, con voz ronca, le dijo a Beni ”te voy a apretar una que...”, ahí no estaba muy seguro Mundi, si lo que el otro le dijo a Beni fue ”Te van a sonar los mocos a calderilla” o ”Vas a batir palmas con las orejas”. Fuera lo que fuese, Mundi decidió que era el momento de intervenir. En situaciones como éstas, era Nico quien se encargaba de sacarle las castañas del fuego a Beni, pero Nico no estaba y Mundi entendió que debía asumir tal responsabilidad. Así que, con aspecto resolutivo, se fue hacia el líder y le dijo: ”¿A ti que te pasa, chaval?”.

El otro miró a Mundi como valorando la nueva amenaza y al parecer, la comparación le salió favorable, así que le contestó: ”Me pasa, que en vez de apretarle el guantazo a él, te lo voy a dar a ti, chulito de mierda”.

Mundi parecía como si estuviera esperando esa contestación porque, al momento, le dijo ”¿Con qué mano, chaval?”. Arrastrando las palabras en plan chulo, pero chulo, chulo.

Esperaba que el otro le contestara con esta o esta otra, para, ipso facto, contestarle con la misma chulería: ”¿Y si te la ato?”.

Pero, el otro, no estaba por dar pistas y lanzó la primera que cogió a Mundi totalmente desprevenido. No recordaba muy bien si le había venido por la derecha o era la derecha del otro, lo importante es, que el oído empezó a zumbarle con un pitido sordo. La siguiente,

la segunda, le llegó en décimas de segundo y empezó el pitido en el otro oído.

Los pínfanos, en situaciones críticas, se ayudan hasta las últimas consecuencias, y ésta era una de ellas, así que cuando Mundi y Beni, se lanzaron a por los otros, no lo hicieron solos, ya que tres o cuatro colegas que pasaban por allí, se metieron en la trifulca como un sólo hombre. La cosa hubiera terminado en batalla campal de no ser por un par de hombres del pueblo y un inspector, que lograron separarlos. Y ahí es cuando se produjo el momento de gloria para Mundi porque, cuando le sujetaba uno de los hombres, dirigiéndose al que le había calentado las orejas le dijo: ¡De buena te has librado, chaval, de buena te has librado!”.

Cuando todo hubo pasado, Beni le dijo a Mundi: ”Gracias”.

Esa palabra, en boca de su amigo, le compensó el trance vivido.

CAPÍTULO IV

Un día, al atardecer, estaban sentados los dos en la playa, hombro con hombro, comiéndose a medias una manzana mientras miraban al horizonte, donde, un pedazo de sol anaranjado, se resistía a desaparecer. Los bañistas, ya se habían ido. Allí estaba el mar que tanto influjo ejercía sobre ellos, tranquilo, con unas suaves olas que llegaban hasta la orilla para retirarse después; al poco, otras las relevaban. Era el mar de los mil colores: blanco, de la espuma al romper las olas en la orilla, azul y verde turquesa, de la proximidad, azulón, del reflejo de los bancos de algas, azul marino,

de la lejanía, gris oscuro, de las tempestades, anaranjado de los crepúsculos... El mar de los descubridores, de la emigración, el mar de su amigo Jorge cuando veraneaba en Canarias y Mundi sin conocer otro, decidió que ése era su mar .

Un inmenso carguero acababa de salir del puerto de la Coruña y se adentraba en ese mar interminable. Estaban los dos juntos, pero cada cual con sus pensamientos, ensimismados ante el panorama que tenían delante . De pronto Beni rompió el silencio.

—Aquí le llaman “la mar”— susurró.

—Sí, es un nombre muy bonito, me gusta más que el mar, lo envuelve en una especie de misterio— le contestó Mundi mientras le pasaba la manzana.

—Si estuviera aquí Nico—dijo—diría algo así como: “Menudo sorbo”.

—Sí,—contestó Mundi— tenía muy buenos dichos.

—No me lo quito de la cabeza, me ayudó mucho. Era un tío fenomenal, noble como él solo, aunque tenía apariencia de bestiajo. Para mí fue mi hermano mayor, ¿qué será de él?— preguntó Beni.

—No lo sé, pero aquí hubiera sido feliz.

—A Jorge, esto no le hubiera impresionado, estaba acostumbrado al mar cuando iba los veranos a Canarias con sus abuelos, aunque también se lo hubiera pasado en grande.

—Sí, además, se bañaba en este mismo mar. Para estas fechas ya habría tratado de ligarse a todas las chicas del pueblo— dijo Mundi como con envidia.

Volvieron a guardar silencio. Beni tenía la vista fija en el barco que se veía a lo lejos. De pronto sin mirar a Mundi, con la mirada en el infinito, le dijo:

—Tengo catorce años, llevo nueve de colegio en colegio embutido en este trapillo, no tengo a nadie, sólo a vosotros, es como si me hubiera criado en unas inmensas jaulas, y todavía lo que me queda. Necesito libertad, poder ir donde quiera sin que nadie me lo prohíba. Te digo una cosa, Mundi, en el momento que pueda disponer de mi vida, me iré lejos, muy lejos, como ese barco, a alguno de esos sitios que estudiamos en Geografía y que nos parecen el fin del mundo, libre de ataduras.

Cuando giró un poco la cara, tenía los ojos empañados. Mundi le echó la mano por el hombro y lo apretó fuerte contra él.

Los días pasaban rápido en el castillo y los disfrutaban al máximo, apurando cada instante. Una mañana Beni tuvo una idea.

—Esta tarde después de comer nos escapamos y nos vamos por ahí.—dijo con voz de confidente.

—Tú estás loco, chaval—le contestó Mundi—la marea está alta y no se puede salir, si no es con la barca.

—En Madrid, oí a unos del Alto que, cuando ellos eran como nosotros y venían al castillo, se escapaban nadando— replicó Beni con el mismo tono de confidente.

—¿Y qué hacían con la ropa, listo?

Beni parecía que estuviera esperando la pregunta, miró a su amigo y con una media sonrisa le dijo...

Allí estaban los dos en la rampa, eran las tres de la tarde, acababan de comer y se disponían a iniciar su aventura. En pelotitas, lo que se dice en pelota picada, la ropa incluidas las zapatillas, hecha un fardo en la cabeza sujeto con el cinturón que, a guisa de barbuquejo, pasaba por debajo del mentón. Despacio,

se metieron al agua y a su trantran, con el estilo de braza más depurado, iniciaron el trayecto. La cabeza erguida, aunque no podían evitar que algo de agua les salpicase la vestimenta.

La gente es libre de disponer de su vida y ocio y es con lo que no habían contado los aventureros. Esa playa, normalmente, era poco frecuentada pero ese día, justo ese día, en su lugar de arribada, unas rocas en uno de los costados, había gente que prefería esas horas para estar en la playa, entre otros, un pequeño grupo de chicas de algún pueblo cercano.

Cuando los vieron que llegaban, empezaron a dar voces y más aún, cuando empezaron a salir pertrechados de esa guisa. Esa escena, Mundi la recordó, años más tarde, cuando vio salir del agua a Úrsula Andrews en la primera película del Agente 007. Claro que, aquí, la cosa cambiaba, eran dos y encima como vinieron al mundo. La tal Úrsula, aunque poco, algo llevaba encima.

Los dos nadadores se miraron uno al otro con las dos manos tapándose sus partes pudendas y el fardo en la cabeza. Sin decirse nada, dieron media vuelta y lo mismo que habían venido, se fueron. La pega fue que, al llegar a su lugar de destino, les estaba esperando al pie de la escalinata uno de los inspectores, a modo de comité de recepción, lo que les supuso una semana sin baño y sin salir del castillo. Ahí, es donde se hicieron aficionados a la pesca.

Los jóvenes pescadores, dieron por terminada su jornada, recogieron sus bártulos y volvieron a pasar por delante de Mundi. Uno de ellos le miro e hizo un gesto como diciendo: "Hoy se dio mal".

Él echó una ojeada a su reloj y vio que se le había pasado el tiempo volando, se levantó y caminó por el paseo de la ribera con idea volver a pasar el río, esta vez, por la pasarela peatonal.

El tiempo transcurría muy deprisa en el castillo porque se lo pasaban de maravilla y les quedaban pocos días para que terminaran su estancia en esa tierra maravillosa de: acantilados, praderas, meigas, santa compañía,, orujos, queimadas, percebeiros, pulpeiros, mariscadoras, pescadores, emigrantes, morriñas, caciques, alvariños, ribeiros, lacón, empanadas, hórreos, muiñeiras, gaiteros, cruceiros, marisco, callos, Apóstol, peregrinos, Rosalías, Emilias, Castelaos, Valles, Camilos, rapas, naufragios, lutos, carretas... Una tierra que en el verano, en ese lugar, en Santa Cruz de Lians, acogía a un montón de huérfanos que, durante esos días de convivencia, eran felices viviendo experiencias diferentes a las habituales, gozando de un entorno que quedaría grabado para siempre en sus mentes y que recordarían con cariño, durante el resto de su existencia.

¡Esta tarde nos llevan a La Coruña!

Todos los años pasaba, en la Hípica Militar se celebraba un concurso de categoría nacional. Allí llevaban a los pínfanos a pasar la tarde. Eso sí, vestidos de uniforme con gorra de plato con el forro blanco, incluida.

Iban en grupos y desde las inmediaciones del complejo se veía el mar como telón de fondo. Un inmenso trasatlántico, que acababa de zarpar, enfilaba la salida de la dársena en dirección al horizonte, lanzando un gran penacho de humo por sus chimeneas. Se distin-

guía a bastantes pasajeros en las cubiertas, que, todavía, hacían signos de despedida con las manos. Entonces Beni, que iba en un grupo delante de Mundi, volvió la cabeza hacia él y apuntando al barco con una mano y con una mirada limpia y resuelta, le gritó: ¡En uno como ése, Mundi, en uno como ése!

Y Mundi supo que su amigo lo haría.

Mundi, atravesó la pasarela peatonal camino de casa.

También había encontrado una pasarela nueva cuando, muchos años después, fue con su familia a Santa Cruz, para que conocieran el lugar donde había sido feliz aquel verano. Lo que era entonces un pequeño pueblo de pescadores, se había convertido en una zona residencial, con bloques de adosados y urbanizaciones rodeadas de jardines. El encanto de la barca de remos para acceder al castillo había desaparecido ya que la pasarela lo unía a tierra firme, con lo que la subida de la marea era una anécdota. El castillo ya no era propiedad del Patronato y se había convertido en un centro de muestra de fauna y flora de la zona. Servía también de lugar de exposiciones y de aulas de cultura para niños del pueblo y alrededores.

Mundi y su familia atravesaron la pasarela precedidos de un grupo de turistas. Cuando subió por las escaleras de acceso al interior y llegó a la zona ajardinada, comprendida entre el edificio central y las murallas, le pareció que una inmensa sicofonía lo llenaba todo. Ciento y una voces, de 40 años atrás, le hicieron revivir aquellos momentos. ¿Quién viene al pueblo?, ¡En la barca caben dos más!, ¿Alguien ha cogido mi caña?, ¡Mira lo que he pescado!, ¡Cambio tres pavas por una manzana!...

Entraron en el edificio, una guapa recepcionista les

dio un programa sobre la exposición de un fotógrafo, que versaba sobre paisajes gallegos y que ocupaba la planta baja. Todo había cambiado y en nada se parecía a lo que él vivió. Restaurado, el castillo estaba muy bonito pero no era lo que fue. El piso superior no pudieron verlo ya que, las aulas y el salón de actos, en que se habían convertido los dormitorios, estaban ocupados por unos niños cuyos cánticos se oían desde abajo.

Dieron una vuelta por la zona ajardinada y desde la muralla, vio Mundi el lugar donde acostumbraban a pescar y no pudo menos que revivir desde dónde se metieron y a dónde llegaron, en su escapada nudista.

Terminada la visita, retomaron la pasarela y desde ella Mundi hizo las últimas fotografías. Cuando reanudó la marcha, su subconsciente le gastó una mala pasada y creyó oír la voz amiga e inconfundible de Beni que, desde la parte almenada de la muralla, le gritaba: "¡Eh, Mundi, espérame, que voy contigo!

Volvió la cabeza, pero allí no estaba Beni con su sempiterno trapillo, no había nadie, sólo el castillo, su mar y sus recuerdos.

A los de tierra adentro

Agosto del 2005

EL 77

Autor: Francisco Antonio Álvarez López

*Segundo Premio Relatos II Día del Píñano.
Castillo de Santa Cruz 7 de Mayo de 2005*

Fue a mediados del siglo pasado, exactamente en 1956, cuando mi madre me llevó desde mi pueblo, Villoria de Órbigo —León— al colegio de Padrón.

Tenía entonces 6 años y por ser tan pequeño de edad y más aún de tamaño, enseguida me pusieron el apodo cariñoso de Cuchifritín. Más tarde me quedé solo con Cuchi, el 77, porque al igual que en mi pueblo, en Padrón todos teníamos un apodo, pero además un número que muchos recordamos todavía.

Gabriel Martínez Lavilla, el 18, seis años mayor que yo, fue quien primero se ocupó de mí.

Aquel día en que mi madre me dejaba en el colegio llorando sobre un banco de madera que había al lado de la capilla, Gabi se acercó para consolarme. Previamente se había informado de parte de mi vida preguntándole a mi madre y muy resuelto me dijo: “Deja de llorar, Toñín, que soy tu hermano Manolo y estoy aquí junto a ti”. Con una impresionante cara de asombro le miro de reojo y pienso: “pues no te pareces en nada”; pero como en caso de necesidad te agarras a un clavo ardiendo, yo me agarré a Gabriel, quien desde entonces y hasta hoy es como mi hermano mayor.

El año en que Gabi dejó Padrón le encomendó mi

custodia a Manolito Delgado Almellones, el 58, el más fuerte de mi clase. Creo que Manolito se encontraba orgulloso con su “cargo” pues de vez en cuando decía: “ojo con tocar a Cuchi, que me ha dicho Gabriel que lo cuide”.

Y así fue como transcurrieron mis años en Padrón, con la tranquilidad de pensar que nadie se metería conmigo a pesar del miedo que siempre tuve a Juan Moruno, el 121. Pero en honor a la verdad debo decir que nunca me molestó.

A los doce años, según me recordaba Antonio Povedano, el 73, rompí la rótula saltando el potro en clase de gimnasia. Aquello hizo que tuviera que pasar todo el verano en el colegio con las monjas, porque tenía que ir al hospital militar de Santiago cada poco.

Fue un verano inolvidable en todos los sentidos porque yo era el único alumno y por tanto el centro de atención de los mayores. Alicia me cogía de vez en cuando y acurrucándome en su regazo yo me encontraba en la gloria sintiendo sus pechos y sus besos en mi cara. Las monjas me mimaban todas y Sor Carmen me regaló un precioso peón con su cordelilla que aún conservo todavía. Mi madre fue a visitarme y me llevó la escopeta de balines con la cual me entretenía por la huerta del colegio. También Gabi fue con su novia Merche, su actual esposa. En definitiva un verano extraordinario.

No todo fue vida y dulzura en Padrón, ciertamente, pero afortunadamente lo bueno superó a lo malo y en muy poco tiempo aquellas primeras lágrimas se convirtieron en risas; risas que en una ocasión, por cierto, me costaron pasar la noche encerrado en un calabozo de la estación de tren de Valladolid de lo cual tengo

por testigo a Isidro Abajo Alonso, el hermano de Andrés.

Cuando en el CHOE nos castigaban en el aula sin salir al recreo, mis compañeros decían: “venga Cuchi, sal a contarnos historias”. Y yo subía a la tarima fabulando mis aventuras que todos creían pura invención sin sospechar que casi todo era cierto, como la noche encerrado en Valladolid, simplemente por reírme. Por cierto que hoy revelaré el secreto de mi risa permanente.

Tendría yo diez años más o menos cuando vi la película de Marcelino pan y vino y la escena que más me impresionó fue cuando el Cristo desde la cruz le habla al niño en la iglesia.

Las monjas, Hijas de la Caridad, aparte de una corneta blanca en la cabeza, tenían un enorme crucifijo de madera anudado en un cordón a la cintura. Cuando las saludábamos por la calle teníamos que besarle el crucifijo.

La primera vez que yo lo besé, recuerdo que estaba algo triste, y al acercarme a besarlo sentí como aquel pequeño Cristo, desclavando su mano de la cruz, me acarició la cara y me dijo suavemente: “ánimo Cuchi, alegría ese rostro”.

Nunca supe exactamente si fue cierto o lo soñé pero a partir de entonces he procurado siempre ir alegre por la vida tratando de animar a todo quien quiera oírme con esta y otras historias.



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de reeditar el
veintinueve de abril de 2023

